

DIAY NOCHE





Día y Noche



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA

Tres meses.	2,50	Ptas.
Seis meses.	4,75	"
Un año.	9,00	"

DIRECTOR

FERNANDO PONTES

Redacción, Administración, Talleres
Cardenal Cisneros, 47

APARTADO DE CORREOS 809. TEL. J. 923

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EXTRANJERO

Tres meses.	8	Ptas.
Seis meses.	15	"
Un año.	25	"

Año I

Madrid 31 de Diciembre de 1918

Núm. 10

FOTOGRABADOS

DE

JOSÉ FUGUET

San Bernardo, 92, 1.º, dcha.

Teléfono J. 1002

::: MADRID :::

Ofrece a usted sus talleres, donde se hace toda clase

de fotograbados en color y en negro.

Catálogos, Obras, Revistas, etc., etc.

Precios económicos y convencionales.

ENVIOS A PROVINCIAS

Enero



- 1 M. La Circuncisión del Señor.
- 2 J. San Macario y San Marcelino.
- 3 V. Santa Genoveva y San Daniel.
- 4 S. San Aquilino y San Tito.
- 5 D. El Simo. Nombre de Jesús.
- 6 L. La Adoración de los Stos. Reyes.
- 7 M. Stos. Julián, Raimundo y Félix.
- 8 M. San Luciano y San Máximo.
- 9 J. San Julián, mr., y Sta. Basilisa.
- 10 V. San Juan Bueno y San Gonzalo.
- 11 S. San Higinio y San Teodosio.
- 12 D. San Benito y San Victoriano.
- 13 L. San Gumersindo presbítero.
- 14 M. San Hilario.
- 15 M. San Pablo y San Mauro.
- 16 J. San Fulgencio y Santa Priscila.

- 17 V. San Antonio, pat. de Montreal.
- 18 S. La Cat. de San Pedro en Roma.
- 19 D. Sta. Sara y San Oñato, rey.
- 20 L. San Fabián, papa y San Sebastián.
- 21 M. Santa Inés y San Eulogio.
- 22 M. San Anastasio y San Vicente.
- 23 J. S. Ildefonso arz.
- 24 V. Nuestra Señora de la Paz.
- 25 S. La Conversión de San Pablo.
- 26 D. San Policarpo y Sta. Pauls.
- 27 L. Stas. Eulalia y Angela y San Juan.
- 28 M. San Julián, San Cirilo y San Tirso.
- 29 M. San Valero. San Francisco de Sales.
- 30 J. San Hipólito y San Leumas.
- 31 V. San Pedro Nolaseo contr.



LA VENTANA

I

Preso estoy hace
... ¿cuánto tiempo?
Años... eternidad...
El tiempo es ya para
este enterrado en
vida una imagen de

la eternidad...; no, la eternidad misma; la verdad absoluta, algo que espanta, como espanta a la pobre mente humana todo aquello que no puede concebir.

Una venganza de mujer poderosa me encerró en este subterráneo tenebroso, que parece una ciclópea caverna abierta por unos hombros gigantescos en el enorme corazón granítico que soporta las verdes praderas, los bosques sombríos llenos de húmeda frescura, la pura atmósfera azul que en sereno vuelo cruzan bandadas de nubecillas blancas como corderillos. ¡Ay! No lo verán más mis ojos... lágrimas ha caído sobre el papel...; es la única lluvia que puede refrescar el febril cerebro de un cautivo.

Allá arriba, en un ángulo de esta caverna de piedra, tres gruesos barrotes se recortan negros e implacables contra un fondo de luz; pero no se ve el cielo a través de ellos; su único horizonte es una ventana frontera; una ventana cerrada, como un ojo sin pupila; una ventaua sin luz, cubierta de polvo y telarañas; en fin, muerta, muerta como yo. Triste espectáculo para un prisionero.

Sentado en un rincón de mi tumba, vivía mi indivisible eternidad, fijos los ojos en aquellas tres rayas de luz; muy de tarde en tarde, algún pájaro pasaba como un relámpago luminoso, o giraba en un esguince ágil persiguiendo a su minúscula presa.

Cierta mañana... las tres rayas de aire comenzaban a

mostrarme el azul tierno, de la temprana primavera... una pareja de golondrinas comenzó a hacer su nido en un ángulo polvoriento de la ventana. Sentí renacer mi interés por la creación, y en verdad vivía con la vida de aquellos dos pajarillos. Si el huracán soplaba iracundo en las sombras, temblando aguardaba yo que el alba me mostrase el nido destrozado; si una nubecilla velaba el sol, antojábaseme la amenaza del ave de rapiña abatiéndose sobre la cunita de plumón, en cuyo borde asomaban ya varios piquitos piadosos y pedigüenos. Un día de verano, claro y sereno, llegó la catástrofe horrible. Por el borde inferior de los barrotes apareció lenta, vacilante, taimada, una mano pequeña, la mano de un niño, descuidada y flaca, pero ya cruel y artera y destructora como la garra del tigre fiero. Aquella mano cogió el nido y se lo llevó, lleno de pidos de terror.

Un vacío pavoroso se hizo en mi alma: un horror insondable de ser hombre; y por vez primera desde mi prisión, sentí el espantoso placer de hallarme separado de la humanidad para siempre. Para huir de mis ideas, puse todo el poder de mi voluntad en anonadar mi inteligencia, en romper la incansable máquina de los pensamientos. Casi llegué a lograrlo; días enteros pasaba abstraído, sin una idea, en un vacío cerebral absoluto.

Pero una mañana, mis ojos vieron algo que despertó mi alma de súbito, y con un violento salto de todo mi ser, la vida en mí dormida se irguió dominadora y potente.

La ventana que era mi único horizonte, aquella ventana muerta, se había abierto, y una criatura bella como un ángel colgaba al borde de ella una jaula con un pajarillo dentro; el ave batió las alas y rompió en un canto alegre, que me llenó el alma de emoción; una maceta de rosas de ardiente rojo que vibraba al sol del estío entraba por mis pupilas hasta mi cerebro. Todos mis sentidos se llenaron de color, de sonoridad, de perfumes; la naturaleza entera vol-



Febrero

- 1 S. Stos. Hignacio, Severo y Pablo.
- 2 D. La Purificación de N.ª Señora.
- 3 L. El beato Nicolás Longobardi.
- 4 M. San Andrés Corsino.
- 5 M. Sta. Agueda y Sta. Calamanda.
- 6 J. Santa Dorotea y San Teófilo.
- 7 V. San Romualdo y San Ricardo Rey.
- 8 S. San Dionisio y San Emiliano.
- 9 D. Sta. Apolonia vg. y San Donato.
- 10 L. Sta. Escolástica y Sta. Sotera.
- 11 M. Los siervos de María.
- 12 M. Sta. Eulalia y San Eugenio.
- 13 J. Sta. Catalina de Ricci y S. Benigno.
- 14 V. San Valentín martir.

- 15 S. San Severo y San Cástulo.
- 16 D. de Septuagésima.
- 17 L. San Alejo de Falconieri.
- 18 M. San Simeón, ob. y San Máximo.
- 19 M. San Alvaro, ob. y San Conrado.
- 20 J. San León y San Eleuterio.
- 21 V. San Maximiano, obispo.
- 22 S. La Cat. de S. Pedro de Antioquia.
- 23 D. de Sexagesima.—Sta. Marta virgen.
- 24 L. San Matías apóst. y San Modesto.
- 25 M. San Cesáreo y San Valero.
- 26 M. San Alejandro y San Fortunato.
- 27 J. San Balduino, confesor.
- 28 V. San Procopio y San Basilio.

vía a mí, me inundaba de sensaciones más energías cuanto más olvidadas; exaltación, dolor, placer, pasiones, amor, todo giraba dentro de mí ser en un torbellino irresistible. mareante, que iba subiendo, subiendo; llenó mi corazón, subió a mi cerebro, arrastró mis pensamientos y mis sensaciones en un girar vertiginoso... Doblé las rodillas, me acordé de Dios, mi rostro se mojó de lágrimas y caí al suelo desvanecido.

II

Mi interés por la vida renació con mayor fuerza; aquella ventana era el mundo entero para mí, y puse toda mi inteligencia en descubrir sus secretos. La joven del pájaro y las flores, casi una niña, se asomaba con gran frecuencia, y cuidaba sus rosas y su canario con cariño maternal; sus manos como palomas, iban cariñosas de rosa en rosa, acariciando los pétalos rojos, que al besarlos se confundían con el capullo de su boca.

Por las mañanas, colgaba un espejito en el marco de la ventana, y alzando sus brazos desnudos, blancos y redondos, peinaba su cabellera negra y sedosa, y aquella postura, la más encantadora en una mujer bien formada, me mostraba su busto de formas gráciles, flexibles y llenas, mientras el pájaro entonaba su matinal canto a la belleza de su dueña.

Todas las mañanas, la niña suspendía un momento su tarea, miraba al fondo de la habitación con desconfianza, y rápidamente sacaba del blanco seno un papelito doblado e inclinándose sobre el alféizar, lo dejaba caer a la calle; luego, sus ojos seguían al amparo de sus largas pestañas los pasos de algún ser amado, hasta perderle en alguna vuelta de la calle solitaria.

Poco a poco me enamoré de aquella niña, que ignoraba la existencia de un pobre prisionero, que enterrado en el fondo de una mazmorra, sentía hacia ella un amor encendido con todas las pasiones de un hombre en la fuerza de la edad, condenadas a abrasarse en su propio fuego. Los celos, unos celos horribles, sin esperanza, sin consuelo, pusieron en mi vida un tormento más; el peor, el más intolerable, el que me hacía morder mis propios puños y derramar lágrimas abrasadoras. Cada mañana, cuando la niña dejaba caer su mensaje de amor, sentía yo el impulso irresistible de salvar con un salto de tigre las ocho varas que me separaban de la reja de mi calabozo, para devorar con mis ojos a aquel monstruo feliz a quien ella escribía palabras de amor, a quien ella seguía con la mirada hasta el último instante.

Quise hacerme un camino hasta mi reja, y lo conseguí; arranqué una de las barras de hierro que sostenían la armanzón de mi camastro, y con su extremo, a fuerza de paciencia, labré en las junturas de las piedras que formaban los muros de mi prisión pequeños huecos donde posar mis pies y encajar los dedos de mis manos; con el polvo que cu-

bria el suelo, ensució la piedra descubierta por mi herramienta, y así oculté toda huella de mi trabajo.

Terminada mi titánica labor, subí por vez primera hasta los barrotes que me separaban del mundo; medio oculto por la sombra del espeso muro, devoré con la vista a mi amada, mientras el corazón me latía con tal fuerza, que temí caer desde la altura de mi estrecho mirador al fondo de mi prisión.



Al fin llegó el momento terrible; iba a ver al odiado riva sentía acercarse sus pisadas, resonantes en la calle solitaria; de pronto, un hombre, saliendo de las sombras de la habitación frontera, se aproximó rápido a la joven, y violentamente cogió su brazo y la arrancó de las manos el papel doblado; ella dió un grito, pero las manos del hombre la arrastraron al interior, a pesar de su resistencia; al mismo tiempo, un juramento subió de la calle, y enseguida el choque de espadas; lleno de ansiedad, de terror, y también de malsano placer; pegué mi rostro a los barrotes, y pude divisar a un hombre que huía con la capa flotante y el acero en la mano, perseguido por otros dos, igualmente armados con espadas desnudas.

Muchos días pasaron sin que volviese a ver a mi amada; la jaula desapareció de la ventana, y el rosál murió de sed; Calmáronse mis celos, pero una gran tristeza invadió mi

Marzo



1 S. El Santo Ángel de la Guarda.
2 D. de Quincuag. (Carnaval).
3 L. San Emeterio y San Celedonio.
4 M. San Casimiro.
5 M. de Ceniza.—San Eusebio.
6 J. San Victor y San Victorino.
7 V. Sto. Tomás de Aquino.
8 S. San Cirilo y San Juan de Dios.
9 D. I de Cuarema.—Santa Francisca.
10 L. Stos. Crescencio y Melitón.
11 M. San Eulogio, mr., y S. Constantino.
12 M. San Gregorio.
13 J. S. Leandro, arzob. y Sta. Cristina.
14 V. Santa Matilde.
15 S. San Melitón.
16 D. II de Cuarema.—S. Julián, mr.

17 L. San José de Arimatea y S. Patricio.
18 M. San Gabriel Arcángel y S. Cirilo.
19 M. San José.
20 J. Sta. Eufemia y S. Niceto.
21 V. San Benito.
22 S. Stos. Deogracias y Bienvenido.
23 D. III de Cuarema.—S. Victoriano.
24 L. S. Agapito, S. Segundo y S. Simón.
25 M. La Anunciación de Ntra. Señora.
26 M. San Braulio y San Teodoro.
27 J. San Ruperto y San Juan.
28 V. Stos. Castor y Doroteo.
29 S. Stos. Jonás y Pastor.
30 D. IV de Cuarema.
31 L. Sta. Balbina, S. Amadeo y S. Amós.

alma, y al mismo tiempo un deseo constante y violento de ver aquel rostro adorado. El sueño huyó de mi cárcel, y mis ojos seguían cada noche la pálida mancha de la luz lunar, cruzada por la negra sombra de los barrotes, en su lento girar sobre el suelo y el muro ennegrecido por los siglos. Algunas veces subía a mi reja, y miraba largamente la triste ventana, abandonada ahora.

Una de aquellas noches, sombría, en que el vendabal silbaba como algún móstruo apocalíptico en tormento, vi algo que despertó brutalmente mis terribles celos. Por la pared

Mientras duró mi labor de libertad, muchas noches vi entrar a aquel hombre por la ventana frontera; una noche, faltó a la cita; a la hora acostumbrada, la niña entreabrió timidamente la ventana y miró ansiosa a la calle. Muchas noches siguieron iguales a aquella; la angustia y la inquietud iban hundiendo las mejillas un tiempo tersas y floridas, y cercando de sombras los hermosos ojos. Mi trabajo avanzaba, lento, penoso, pero incansable.

Otro huracán nocturno me trajo un mensaje inesperado. Entre el estridor del vendabal, unos pasos varoniles resonaron en la calle; la mano blanca, como en otros tiempos, dejó caer un papel doblado, pero el viento, desplegándolo, lo elevó como a una pluma, y después de arrastrarlo en varios giros, lo lanzó a través de los barrotes contra mi pecho, y pude apoderarme de él.

Con febril impaciencia aguardé el primer rayo del día para leer aquel mensaje; toda la noche besé con pasión aquel billete, tocado por sus manos, escrito por ella. Aún conservaba el leve y embriagador perfume de su seno, que trastornaba mis sentidos. Apenas la luz apuntó en Oriente, leí el billete; decía así:

«Te escribo para suplicar a quien robó mi honor que me lo devuelva. Para que recibas este billete te envié recado de que vinieras, pues tu voluntad te aleja de mí, y tu amor murió entre mis brazos, tan veloz como naciera entre mis besos. Si tienes corazón, o a falta de corazón, honor, o si faltándote ambas cosas eres capaz de piedad, tenla de esta pobre mujer que sólo a tí ha querido. Mi deshonor mató a mi padre y ha dado la vida en mi seno a un hijo, que algún día me preguntará por el autor de su existencia y de su desgracia. A tus súplicas me rendí entera; hoy te suplico de rodillas; piensa que Dios enviará un vengador, si no te apiadas de mi angustia, y que al pie de la imagen que escuchó tus falsos juramentos, puse desnudo el limpio acero que mi padre llevó al cinto, para castigar perjuros y defender la justicia de Dios, como buen caballero. María de Quirós.

El llanto subió con un sollozo a mis ojos y mi garganta se cerró al aire; pena, lástima, amor y rabia, se abrieron al fin paso desde mi pecho en un rugido. Febril pasé las horas largas de aquel día, y a la noche, antes que la Luna saliera, arranqué con un último esfuerzo los barrotes, y salí al aire libre; agarrándome con mis dedos como garfios a los líquenes colgantes y a la hiedra que tenazmente se prendían entre las vetustas piedras de los muros externos de mi cárcel; bajé a la calle, y luego subí hasta la ventana de la desgraciada joven; laténdome el corazón entré en la casa, obscura y silenciosa como mansión de la muerte y la tristeza. En un ángulo, una débil llama temblorosa como un alma vacilante entre el ser y el ser y el no ser, alumbraba vagamente el rostro de una imagen; y al pie, una espada desnuda reflejaba por momentos la luz rojiza en su acero frío y recto como la justicia eterna.

Mi mano se cerró sobre la empuñadura, y besé la cruz de



de la casa frontera subía una sombra; era un hombre. Entre un desgarrón de los nubarrones, abierto por el huracán, pasó un pálido rayo de luna, que hizo brillar el acerado pomo de su espada y el joyel del chambergo. Lentamente subía, a despecho del vendabal, y al llegar bajo la ventana de mi amada, se abrió aquella en silencio, y una mano blanca ayudó a saltar al interior al feliz amante. El huracán, como espantado de la audacia de aquel hombre, paró un instante, y oí el ruido de un beso. Con nueva furia bramó la tormenta, no más fuerte que la que en mi pecho rugía.

—¡Quiero ser libre!—me dije; y con paciencia y astucia de prisionero, lentamente fui ensanchando el alveolo en que cada barrote estaba incrustado hacia siglos.



Abril

- 1 M. Santa Teodora, virgen.
- 2 M. San Francisco de Paula.
- 3 J. Stos. Benigno y Ulpiano.
- 4 V. San Isidoro, arzobispo.
- 5 S. San Vicente Ferrer.
- 6 D. de pasión o de Lázaro.
- 7 L. Santos Epifanio y Donato.
- 8 M. San Donisio y San Donato.
- 9 M. Santa María Cleofé.
- 10 J. Santos Daniel y Ezequiel.
- 11 V. de Dolores.—San León.
- 12 S. S. Sabas y Sta. Bibiana.
- 13 D. de Ramos.—S. Hermenegildo, mrr.
- 14 L. San Tiburcio y San Valeriano.
- 15 M. Sta. Basilisa y Anastasia márs.

- 16 M. Santa Engracia virgen.
- 17 J. Santo.—S. Aniceto y San Elías.
- 18 V. Santo.—San Eleuterio.
- 19 S. Santo o de Gloria, San Sócrates.
- 20 D. Pasena de Resurrección.
- 21 L. San Anselmo.
- 22 M. Nuestra Señora de las Angustias.
- 23 M. S. Jorge y San Gerardo.
- 24 J. S. Fidel de Simaranga, mártir.
- 25 V. San Marcos, evg.
- 26 S. Ntra. Sra. de la Cabeza y S. Cleto.
- 27 D. Santo Toribio de Mogrobojo.
- 28 L. San Esteban y San Prudencio.
- 29 M. San Pedro de Verona.
- 30 M. Nuestra Señora del Villar.

sus gavilanes. En aquel instante, unos pasos resonaron en la calle; inclinándome sobre el alfeizar de la ventana, divisé la silueta de tres hombres envueltos en capas, que se acercaban; uno de ellos era el mal caballero, burlador de doncellas. Se detuvieron bajo la casa, y escuché el nombre de María, y enseguida carcajadas de burla, y por fin, una apuesta, cuyo objeto era hacer pública la deshonra de la mujer que yo adoraba.

Una alegría inmensa llenó mi ser, y con trabajo contuve un grito de triunfo, mientras me ocultaba en las sombras; el cínico caballero subía, escalando las rejas, y yo le aguardé con el acero vengador en mi mano. Al fin llegó, mas a apenas puso la planta en aquella casa, deshonrada por sólo le di tiempo para desenvainar su estoque, y a los pocos instantes le hundía el mío en el costado, y fué tal el empuje de mi estocada, que mi enemigo cayó por la abierta ventana a la calle, de donde huyeron espantados los otros dos hombres.

Mi amada María perdió la razón, y su hijo nació muerto. Solos los dos en su casa, he velado noches enteras y eternos días junto a su lecho, escuchando su delirio. El pobre prisionero, seguro en aquel asilo tan próximo a su cárcel, ha concentrado su existencia en el amor de la pobre niña. Hoy ha abierto los ojos y ha hablado. La piadosa Naturaleza ha matado en ella la memoria, dejando enteras todas las demás facultades de su alma. Me ha mirado con agradecimiento, y me ha dejado estrechar sus manos flacas y transparentes de mártir. Espero hacerme amar, y pronto me llevaré conmigo, lejos de este país de venganzas y mazmorras a esta mujer que adoro, a quien Dios parece haber concedido el milagro de una nueva virginidad espiritual, para que el pobre prisionero deshoje uno a uno sus pétalos, y los guarde en un relicario hecho de amor, en donde perdure eternamente el tibio y suave perfume que embellece la vida.

FERNANDO PONTES.

Un ciego con pupila.



1.—¡...!



2.—¡Caballero, una limosna para el pobre ciego!
—Perdone por Dios.
—Caballero; o me dá una limosna, o le digo a su mujer que ha pellizcado usted a esa que pasaba.



Mayo

1 J. Santos Felipe y Santiago.
2 V. San Félix.
3 S. La Inv. de la Santa Cruz.
4 D. Nra Sra. la Divina Pastora.
5 L. San Pío V, papa, San Máximo.
6 M. San Juan y San Heliodoro.
7 M. Solemnidad de San José.
8 J. San Miguel Arcángel.
9 V. San Gregorio Nacianceno, obispo.
10 S. San Antonio arz. de Florencia.
11 D. San Florencio y San Anastasio.
12 L. Santo Domingo de la Calzada.
13 M. Nuestra Señora de los Mártires.
14 M. San Bonifacio, mr., S. Pascual.
15 J. San Isidro, labrador.
16 V. San Juan Nepomuceno.

17 S. San Bruno.
18 D. San Félix de Cantalicio.
19 L. San Pedro Celestino, obispo.
20 M. San Bernardino de Sena.
21 N. Santa María del Socorro.
22 J. Sta. Rita de Casia y San Rufina.
23 V. San Casilio y San Miguel.
24 S. San Torcuato y Santa Susana.
25 D. San Gregorio VII, papa.
26 L. San Felipe Neri.
27 M. San Juan, papa.
28 M. Santos Justo y Eladio.
29 J. La Ascensión del Señor.
30 V. San Fernando, Rey de España.
31 S. Santa Petronila.

Los cuentos de Hirondele

—Señor, aquel es Noveral—dijo a Enrique Méndez su guía y acompañante.

Dirigió la vista Enrique hacia donde el labriego le indicaba y una tristeza inmensa embargó su espíritu.

Al pie de elevadísima montaña estaban diseminadas unas cuantas casucas, pequeñas, pobres, de miserable apariencia, destacándose en aquel conjunto de uniforme vulgaridad, la torre de la iglesia, ni muy alta, ni muy airosa y un edificio, que emplazado en uno de los lados del lugarcejo, tenía reminiscencias de antiguo castillo y algo de casa o palacio de moderno estilo.



¿Qué es aquella construcción que se vé a la izquierda?—pregunto Enrique—.

—Es la casa de D. Pedro de Rocatallada—contestó el aldeano y aprovechó la ocasión que se le ofrecía para intorrogar al forastero.—¿Qué le parece nuestro terreno, señor?

—Bien, muy bien—aseguró Enrique; pero no respondía la verdad porque mientras los caballos caminaban con ligero trote, el joven y distinguido director de «El Porvenir», iba pensando en la diferencia inmensa que había entre el Madrid alegre, bullidor, que acababa de dejar y aquel Noveral—sin duda ninguna aburrido y solitario—al que iba en busca de reposo y de salud.

No tuvo mucho tiempo para entretenerse en estas meditaciones, porque antes de llegar al pueblo saliéronle al encuentro su tío mosen Antonio, el señor de Rocatallada, el maestro y el veterinario, todos los que en aquel lugar

valían y suponían algo. Bajó Enrique de su cabalgadura; saludó a los nuevos amigos que su tío le presentó y conversando animadamente llegaron a Noveral.

Aquella noche Enrique antes de dormirse, aún dedicó un recuerdo cariñoso a su Madrid. Precisamente en aquellas horas en su despacho de la dirección, tenían su animadísima tertulia; reunidos literatos, actores, políticos, poetas, gente joven o entendida, trataban de artistas, de toros, de política, de ciencia...

• Encontró Enrique en Noveral una compañía inesperada, la de Blanca de Rocatallada.

Tenía Blanca diez y nueve años, era bonita y quedó admirado el joven de que allí, en aquel rincón de España, en aquel pueblecillo hundido la mayor parte del año en la nieve, pudiera haber una criatura tan elegante, tan bella, tan amable y sobre todo tan inteligente e instruida.

Como manifestara su extrañeza a su tío, mosen Antonio le explicó detalladamente la historia de los Rocatallada. Habiendo quedado Blanquita sin madre cuando aún era muy niña, D. Pedro deseó que se educara cristiana y perfectamente; llevola a un colegio de Francia en el que estuvo interna durante algunos años. Ya mayorcita volvió al pueblo; ella manifestaba empeño en salir de aquella apartada aldea, pero su padre nunca quiso dejar aquellos lugares que habían sido testigos de su dicha cuando casado y que tenían después el mérito—muy grande para él—, de conservar los restos de la que fué su amada esposa. Deseoso de contribuir al entretenimiento y a la distracción de su hija y de hacerle agradable la vida, le proporcionaba cuantos caprichos quería ya que todos los que tenía y más que hubiera apetecido, podía satisfacer el amante padre, hombre riquísimo que llevada fama de ser el más acaudalado de la región.

Hasta el castillo de Noveral llegaban innumerables revistas españolas y extranjeras; cuantos libros producían escritores y poetas iban a enriquecer la biblioteca de Blanquita y ésta en su afición al estudio, a la lectura y gracias a la exquisita educación que había recibido, entreteníase en el destierro de su existencia, no sin esperar la llegada de algún apuesto caballero que quedara prisionero en las redes de sus encantos.

Enrique que no conocía las combinaciones y sorpresas del tresillo y que por razón de su profesión era entendido y aficionado a la literatura, no podía distraerse jugando a los naipes con los señores que tan amablemente le recibieron, pero encontró excelente y admirable la compañía de Blanquita con la que discutía, aprobaba o criti-



Junio

1 D. Nuestra Señora de la Luz
2 L. San Marcelino y San Pedro.
3 M. Santa Paula, virgen
4 M. San Francisco Caracnole
5 J. S. Bonifacio, ob. y San Doroteo
6 V. San Roberto, ob. y San Felipe
7 S. San Roberto.
8 D. Peña de Pentecostés o del Espíritu.
9 I. Santos Primo y Feliciano
10 M. Santa Oliva virgen
11 M. San Bernabé y San Félix
12 J. San Juan de Sahagún
13 V. San Antonio.
14 S. San Basilio el Magno.
15 D. La Santísima Trinidad

16 L. San Benón y San Quirico.
17 M. San Manuel, abog. cont.
18 M. Stos. Marco y Marceliano.
19 J. **Sanctissimus Corpus Christi.**
20 V. San Silberio y Santa Florentina.
21 S. San Luis Gonzaga y San Raimundo
22 D. San Paulino, ob. y San Albano.
23 L. San Zenón y San Félix.
24 M. La Nativ. de S. Juan Bautista.
25 M. Sta. Orosia y San Guillermo.
26 J. Stos. Juan y Pablo, hermanos.
27 V. El Sagrado Corazón de Jesús.
28 S. El Purísimo Corazón de María.
29 D. **San Pedro y San pablo.**
30 L. La Commemoración de Santiago.

caba las obras de los principales escritores y filósofos, ya que todos ellos y de sus mejores producciones tenía Blanquita no un conocimiento superficial, sino un perfecto y acabadísimo estudio.

Méndez admiraba a su discreta amiga, se entusiasmaba de su buen juicio, le agradecía cariñosamente su amable compañía, al mismo tiempo que modificaba totalmente su criterio respecto a la mujer; porque él que se declaró siempre enamorado de las que rayaban casi en ignorantes llegó a amar a aquella muchachita inteligente que con la misma facilidad preparaba un postre delicioso, que interpretaba en el piano alguna exquisita composición de Grieg.

Sorprendía Enrique a Blanca muchas mañanas cuando ésta con sus útiles de pintura iba al próximo bosque para tomar algún apunte del natural; veían juntos—no pocas tardes—desde el gabinetito de estudio de Blanca, como el sol daba a la tierra su postrer beso y fué tan necesaria para el escritor la charla de su amiga que llegó a sentir celos o antipatía hacia los libros, los bordados, la pintura o la música que le robaban algunos ratos de dulce discreto o de ingenioso dialogar.

La primera vez que Enrique entró en lo que Blanca llamaba «su retiro» quedó admirado, sorprendido, no por la riqueza de los muebles—aunque eran magníficos—sino por aquella amalgama deliciosa, encantadora, por la manera coquetona, seductora, femenil, con que se confundían en el lindo recinto, libros y flores, «biscuits» y pentágramas, lienzos y cintas.

En los caracteres dorados impresos en los lomos de los libros, se leían unos nombres inolvidables; Luis Coloma, Severo Catalina; Ventura de Raúlica, Pereda, Santa Teresa de Jesús, Milton, Lamartine, Campoamor, Becquer, Fernán Caballero, Concepción Arenal; ante aquellos volúmenes colocados en la estantería, se erguían majestuosas y poéticas ramas de narcisos y jacintos, tulipanes o sencillas violetas, como si la gentil damita que con frecuencia allí se entretenía, hubiera querido rendir con sus perfumadas y pintadas flores, un recuerdo delicado y eterno a los que con la galanura de su estilo o de su prosa, con la inspiración de sus «doloras» o de sus «rimas», con la hermosura de sus máximas y consejos, le hicieron sonreír o llorar y le enseñaron a bendecir y a querer, a pensar y a discurrir...

—He aquí el admirable consorcio de la mujer y la literatura—se dijo Enrique—y acaso con este título pensara escribir algún artículo en el que se reflejaran las impresiones allí recogidas.

Los sanos aires de Noveral—que eran los del Pirineo—habían efectuado su gran prodigio; Méndez que había llegado a aquella región sin fuerzas, triste, decaído, encontrábase animado, fuerte; declaraba inmejorable aquella aldea y compárandola con otros pueblos o playas modernas

le concedía la supremacía como residencia veraniega, prometiendo que en el próximo verano pasaría allí todos los días de descanso que pudiera.

A pesar de encontrarse el periodista completamente restablecido, su permanencia en Noveral se prolongaba; tal vez contribuyeran a ello los negros ojos de Blanca,



su boca de carmin, su argentina sonrisa o sus inteligentes razonamientos ya que él encontraba placer y encanto grande en discutir y pasear con aquella amable criatura; ¿quién sabe si entre la agreste espesura de los bosques o o entre el refinamiento del cuartito de Blanca el literato pronunciaria una palabra que siempre está a flor de los labios galantes y jóvenes: amor!

Las muchas ocupaciones reclamaban a Enrique. Con pena tuvo que abandonar a Noveral, ofreciendo a Blanca mil cosas... Si la jovencita durante la estancia de Enrique supo de las mieles del amor, después de su marcha pudo conocer hasta dónde llega el olvido y la inconstancia de los hombres.

**

A la dirección de «El Porvenir» llegó un cuento firmado por «Hirondelle»; nunca trabajos de aquella índole se habían publicado en tal periódico, pero prendado su director Enrique Méndez de la delicadeza del fondo y de la belleza de su estilo, decidió aceptarlo.

El público lo leyó con gusto; los cuentos se sucedieron; los lectores los esperaban impacientes y hombres y mu-



Julio

1. M. San Casto y San Martín.
2. M. La Visitación de Nuestra Señora.
3. J. San Trifón y San Jacinto.
4. V. San Laureano y San Flaviano.
5. S. San Miguel de los Santos.
6. D. Santa Dominica y Santa Lucía.
7. L. San Claudio y San Fermín.
8. M. Santa Isabel y San Auspicio.
9. M. San Cirilo obispo y San Alejandro.
10. J. San Cristóbal y Santa Amalia.
11. V. San Pío I, papa y San Abundio.
12. S. San Juan Gualberto, abad y conf.
13. D. San Anacleto, papa y S. Eugenio.
14. L. San Buenaventura y San Jenaro.
15. M. San Enrique obispo y San Camilo.
16. M. Nuestra Señora del Carmen.

17. J. San Alejo obispo y Santa Marcelina.
18. V. Santa Sinfuosa y San Emiliano.
19. S. San Vicente de Paúl.
20. D. San Elías y Santa Librada.
21. L. Santa Práxedes y San Feliciano.
22. M. Santa María Magdalena.
23. M. San Apolinar y Santa Brígida.
24. J. Santa Cristina virgen.
25. V. Santiago Apostol.
26. S. Santa Ana, madre de N.º S.º.
27. D. San Pantaleón y Santa Juliana.
28. L. S. Víctor y San Nazario.
29. M. Santa Marta, Serafina y Beatriz.
30. M. Santos Abdón y Benén.
31. J. San Ignacio de Loyola.

...eres comentaban con verdadero agrado los cuentos de «Hirondelle».

Enrique, que al principio sólo sintió una pueril curiosidad por saber quien sería la escritora que de aquella manera anónima enviaba sus cuartillas, llegó a preocuparse después; leyendo las líneas escritas a máquina; repasando las palabras, parecía que aquel lenguaje no le era desconocido y que llegaba hasta sus oídos como eco de una voz acariciadora otras veces escuchada. ¿En qué lugar? ¿En qué fecha? ¿No lo recordaba!

* * *

—Hijo mío—decía a Méndez su madre—mis años aumentan y con ellos mis achaques; no querría abandonar el mundo y dejarte así, tan solo, sin un cariño verdadero.

—Madre; ¿sabes como están las mujeres? Van al matrimonio impulsadas por la vanidad, por el egoísmo; les falta educación y les sobran caprichos, exigencias; vemos hogares que se fundan bajo los mejores auspicios y a los cuatro días se deshacen.



Una sola mujer he hallado en mi vida que sepa sentir el amor; ninguna como ella ha cantado a la ternura, a la bondad, a la esperanza. ni puso más sentimiento en sus acentos cuando habló del desengaño, del olvido, de la traición.

—¿Quién es? preguntó la anciana.

—¿Quién es?... «Hirondelle»... Ni sé si es joven, ni casada, ni soltera; se rodea del misterio, quiere por lo visto, no ser conocida... Ignora que yo estoy intrigado, mejor aún enamorado de sus escritos y que no perdonaré medio hasta encontrarla...

—Pues hijo, si tanto la quieres, indaga, mira....

—Te lo prometo, madre.

Dirigióse Enrique a la redacción del periódico; llevaba poco rato trabajando cuando oyó que en la estancia contigua preguntaban por él; se levantó de su asiento y pasó a la habitación inmediata; vió un sobre que habían dejado sobre la mesa. Lo conocía perfectamente,

Al preguntar quien le había llevado, le respondieron que un «botones» del Grand Hotel.

Seguidamente abandonó sus tareas y marchó a la calle.

El muchachito que buscaba estaba apocospasos de la redacción entretenido con otros de su edad.

Lo llamó Enrique; puso en su mano una moneda de plata y se dispuso a interrogar; el chiquillo estuvo todo lo expresivo que se merecía la espléndida propina; explicó a Enrique que la señorita que le había dado la carta era joven, guapa, elegante y que viajaba acompañada de un caballero.

Llegaron hasta el Grand Hotel. Enrique en el bureau escribió en una tarjeta estas palabras: El director de «El Porvenir» solicita unos minutos de audiencia para presentar sus respetos y admiración a «Hirondelle».

Entregó la breve misiva al «botones» y esperó impaciente la respuesta; minutos después recibía una contestación favorable.

Guiado por las explicaciones del muchachito, llegó ante la puerta de la habitación de «Hirondelle».

Oprimió el timbre para anunciar su llegada; los minutos que aguardó, fueron para él siglos, tal era su timidez, su desconcierto, su aturdimiento. Si aquella mujer fuera casada.... Si no respondiera al ideal que él se había formado... ¡Adios ilusiones!... ¡Qué desencanto!....

Oyó unos pasitos menudos y segundos más tarde abría la puerta.

En la luz solar que inundaba por completo la habitación recortóse una silueta femenina, elegante, esbelta.

Enrique miró al rostro de aquella mujer y quedó sorprendido, admirado.

Su felicidad era completa, su sueño palidecía comparado con la hermosura de la realidad.

Conmovido, apasionado, oprimió con sus manos las que «Hirondelle» le tendía cariñosa y sólo tuvo fuerza y valor para decir con un acento en el que iba envuelto un mundo de disculpas, de amores y ternuras: ¡¡Blanca!!

CONCEPCION HERNANDEZ DE ROCA.



Agosto

1 V. San Pedro Advíncula.
2 S. Nuestra Señora de los Angeles.
3 D. La Invencción de San Esteban.
4 L. Santo Domingo de Guzmán.
5 M. Nuestra Señora de las Nieves.
6 M. La Transfiguración del Señor.
7 J. San Cayetano fr. y San Alberto.
8 V. San Emiliano obispo y San Ciriaco.
9 S. San Román y San Marciano.
10 D. San Lorenzo, martir., abog.
11 L. San Tiburcio y Santa Filomena.
12 M. Santa Clara, virgen y San Eusebio.
13 M. San Casiano y San Hipólito.
14 J. San Eusebio.—Ay. con abst. de car.
15 V. La Asunción de Nuestra Señora.
16 S. San Joaquín, padre de N.ª Señora.

17 D. San Paulo y Santa Juliana.
18 L. Santa Clara de Monte Falcó.
19 M. San Mariano y San Luis obispo.
20 M. San Bernardo y San Samuel.
21 J. Santa Juana Francisca Fremiot.
22 V. San Fabriciano y San Timoteo.
23 S. San Felipe Benicio, confesor.
24 D. San Bartolomé y Santa Aurea.
25 L. San Luis, rey de Francia.
26 M. San Ceferino, mr. y San Vitores.
27 M. San José de Calasanz.
28 J. San Agustín y San Cayo.
29 V. La degollación de San Juan Baut.
30 S. Santa Rosa de Lima y S. Celedonio.
31 D. San Ramón Nonnato y S. Vicente.

EL AMOR DE LAS MUJERES

(CUENTO ORIENTAL)

Era en aquellos tiempos en que los califas, disfrazados de mendigos, se mezclaban con el pueblo para



mejor conocer sus necesidades. Una noche salió el califa, vestido de harapos, acompañado por un oficial,

y empezaron a recorrer las desiertas calles de la ciudad. En una oscura callejuela vieron un hombre que hablaba con una mujer, asomada a una ventana. Pegados a la pared el califa y su oficial se pusieron a escuchar sin ser vistos.

—Ven, decía la mujer. Entra. Bajo a abrir la puerta.

—No, no quiero entrar, respondía el hombre. Tengo miedo, tu marido está en casa.

—No hay cuidado. Mi marido duerme en otra habitación. No temas. Entra, suplicaba ella.

—No, no me atrevo. Estamos en una situación peligrosa, y el mejor día nos sorprende. ¿Hasta cuándo vamos a seguir así? Si me quieres, mata a tu marido y casémonos.

El califa tembló al oír estas palabras y se aproximó para oír mejor. Después de un momento, la mujer replicó:

—Bien sabes que te amo. Bien sabes que por tu amor apagaría la luz de la vida de veinte maridos como si apagase una bujía, y bien sabes que no cambiaría unas de tus uñas por la cabeza de mi marido. Te prometo matarlo a la primera ocasión; pero... entra. Bajo a abrir la puerta. Entra.

—No, insistía el hombre desde la calle. No entro. Si me amas, ahora es la ocasión. Ve, corta la cabeza de tu marido y échamela por la ventana. La cogeré y entraré, para entregarnos sin temor al placer.

El califa no perdía una palabra de la conversación. La mujer desapareció. El hombre siguió inmóvil en la calle. Al momento, volvió la mujer con un cuchillo sangrando en la mano y arrojó a la calle una cabeza, que goteaba sangre.

—Ahí tienes la cabeza de mi marido. Ahora puedes venir. Voy a abrirte la puerta.

El hombre se adelantó hacia la cabeza, que aún se removía, y la empujó con el pie, mirándola atentamente.

—No, dijo, no ha concluido todo. No abras, no entro. Todavía hay peligro. Tienes un hijo de quince años, que puede despertarse y enterarse de la muerte de su padre....

El califa seguía escuchando. La mujer sobreexcitada, fuera de sí, replicó:



Septiembre

1 L. La Predestinación de N.ª S.ª
2 M. San Antolín mártir y Sta. Máxima.
3 M. S. Columbiano y Santa Serapia.
4 J. Nuestra Señora de la Consolación.
5 V. San Lorenzo Justiniano.
6 S. San Eleuterio y San Eugenio.
7 D. Nuestra Señora de los Reyes.
8 L. La Natividad de Nuestra Señora.
9 M. Santa María de la Cabeza.
10 M. San Nicolás de Tolentino.
11 J. Nuestra Señora de las Viñas.
12 V. El Santísimo Nombre de María.
13 S. San Felipe mártir y San Maudilo.
14 D. La Exaltación de la Santa Cruz.
15 L. Los Dolores gloriosos de N.ª S.ª

16 M. Santa Eufemia y Santa Lucía.
17. M. Las Llagas de San Francisco.
18 J. Santo Tomás de Villanueva.
19 V. San Elías.
20 S. S. Eustaquio y San Agapito.
21 D. San Mateo, apóstol y San Isacio.
22 L. San Mauricio y San Silvano.
23 M. San Lino, San Pausto y Sta. Tecla.
24 M. Nuestra Señora de las Mercedes.
25 J. Santa María de Cervellón.
26 V. San Amaucio, ob. y San Cipriano.
27 S. San Cosme y San Damián.
28 D. San Wenceslao y Santa Eustaquia.
29 L. La Dedicación de San Miguel Argel.
30 M. San Jerónimo y San Gregorio.

—No lo hagas... Sabes que te amo. Quieres saber hasta donde llega mi amor, quieres que mate a mi hijo. Bien! Lo mataré; pero déjame gozar tu amor con esas manos manchadas de sangre. Ven... Bajo a abrirte, si mi hijo se despierta, lo mataremos. Pero serás tú quien lo mate. Yo no quiero, no puedo derramar la sangre de mi hijo. Ven, entra...

—No, no. Es muy peligroso, respondió el hombre. Si me amas, arrójame la cabeza de tu hijo. Cogeré las dos cabezas y subiré,

La mujer no contestó. Estaba indecisa. Luchaba su amor maternal con el amor que le inspiraba este hombre. Desapareció y volvió al poco rato, arrojando a la calle por la ventana una cabeza cortada.

—La cabeza de mi hijo... Ya no hay peligro. Pueden entrar; bajo a abrirte la puerta.

El califa seguía escuchando. El hombre dió un puntapié a la cabeza y dijo:

—No, no entraré. Has matado a tu esposo, con quien has vivido muchos años. Has matado a tu propio hijo. Y yo que no soy para tí más que un extraño, tu amor de azar, ¿no he de temer que un día, saciada tu pasión me mates también? No entraré. No bajes a abrir la puerta.

Y diciendo esto, el hombre huyó corriendo de esta mujer.

Ella, mesándose los cabellos con sus manos ensangrentadas, cayó desvanecida.

El califa y su compañero temblaban de emoción. Depuestos, el califa cogió las dos cabezas. Mojó su mano en el charco de sangre y la puso sobre la puerta de la mujer, para reconocerla. Quiso perseguir al hombre; pero después de buscarlo inútilmente por las calles de la ciudad, hubo de volver a su palacio.

La mujer volvió en sí. Salió a la calle, con el cubillo en la mano, para matar a su amante. Había desaparecido. Las cabezas no estaban. Y entonces ella se dió cuenta de su crimen. Se aproximó a ver los charcos de sangre, y a la luz de la luna, vió su cara como en un espejo. Ni lágrimas, ni amor; sólo sintió odio implacable. En su corazón sólo reinaba el mal con sus negras alas y su roja faz.

Pensó en salvarse, haciendo desaparecer todos los rastros del crimen. Y al ver en la puerta la señal sangrienta que el califa había hecho, pensó que alguien había cogido las cabezas y había señalado intencionalmente la puerta.

Entonces ella hizo la misma señal en todas las casas

de la calle, poniendo la mano ensangrentada en unas dos veces, en otras tres, en otras una. Mezcló la sangre de los charcos con arena y la desparramó por la calle. Enterró los cadáveres de su hijo y de su marido, y se retiró.

Amaneció. El califa reunió a su corte y les contó la escena que había presenciado. Había resuelto condenar a muerte a la mujer. Envió a los soldados a buscarla, dándoles por señas la puerta manchada de sangre. Pero los soldados se encontraron todas las puertas de la calle señaladas, con diversas huellas de sangre. El mismo califa fué a la calle; pero la mujer criminal no pudo ser hallada. El califa tomó odio a todas las mujeres. Dió sus órdenes al Gran Visir y abandonó el país.

El Gran Visir se quedó perplejo. El califa ordenaba formalmente matar, antes de siete días en que él volvería, a todas las mujeres del reino, desde las niñas de siete años hasta las viejas de setenta, incluyendo a las de la familia del califa. Si el Gran Visir desobedecía, pagaría con la vida su desobediencia.

El ministro contó a su padre, antiguo Gran Visir, la orden del califa. El anciano Visir sonrió y dijo a su hijo:

—No ejecutes la orden del califa. El día en que vuelva, que salgan las mujeres a su encuentro con los hombres. Si quiere cortarte la cabeza, le dirás que yo he sido quien te impidió cumplir sus mandatos, y que yo deseo hablarle. El califa me oirá, porque yo fui ministro de su padre.

Pasaron siete días. Los heraldos anunciaron el retorno del Califa. Todos los habitantes de la ciudad se apiñaron por verlo. El Califa se irritó al ver la turba de mujeres que había salido a su encuentro, y apenas llegó a palacio, ordenó ejecutar al ministro desobediente.

El Califa le preguntó por qué no lo había obedecido, y éste le contó la intervención del visir, su padre, y le pidió que oyese al anciano.

El Califa mandó traerlo a su presencia. Una vez en ella, el viejo lo saludó diciendo:

—«¡Dios bendiga la vida de mi señor! ¡Me he opuesto a que mi hijo ejecutase la orden del Califa, porque es injusta y he preferido que toda mi familia sea aniquilada, señor! He dicho que la orden era injusta. Quiero explicar por qué. Quiero contaros un recuerdo lejano de mi vida».

El Califa escuchó y el viejo siguió diciendo:

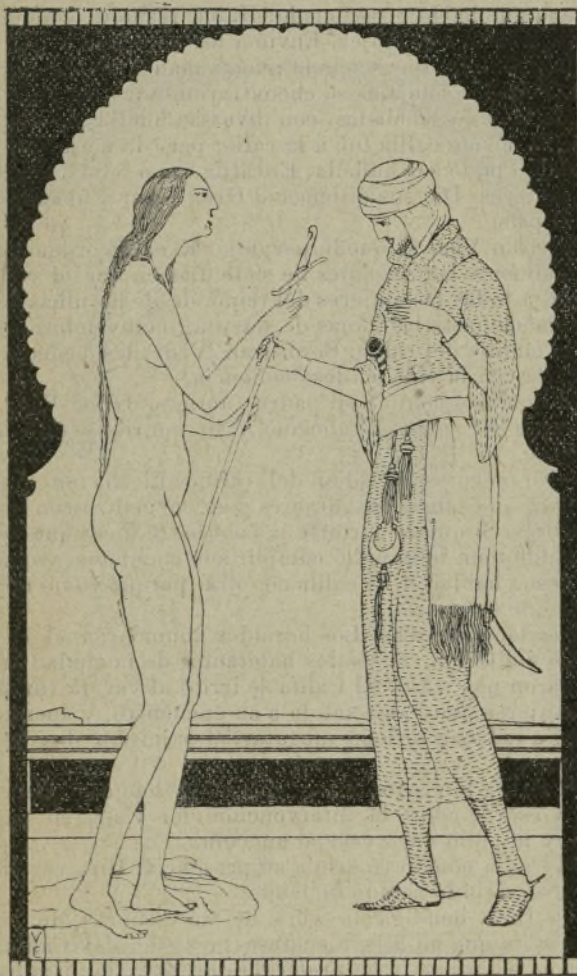


Octubre

- 1 M. El Sto. Angel Custodio de Esp.*
- 2 J. Los Angeles de la Guarda.
- 3 V. San Dionisio y San Fausto.
- 4 S. San Francisco de Asis.
- 5 D. San Froilán y San Atilano.
- 6 L. Santa Sabina y San Primo.
- 7 M. Fiesta del Santísimo Rosario.
- 8 M. Santa Brígida y San Demetrio.
- 9 J. Nuestra Señora de la Cinta.
- 10 V. San Francisco de Borja.
- 11 S. San Nicasio y San Germán.
- 12 D. Nuestra Señora del Pilar.
- 13 I. San Eduardo, rey y San Marcial.
- 14 M. San Calixto y San Evaristo.
- 15 M. Santa Teresa de Jesús.
- 16 J. San Florentino y San Ambrosio.

- 17 V. Santa Eduvigis y San Mariano.
- 18 S. San Lucas, apóstol y Sta. Trifóna.
- 19 D. San Pedro Alcántara.
- 20 L. San Caprasio y San Juan Cancio.
- 21 M. Santa Úrsula, virgen y S. Hilarión.
- 22 M. Santa María Salomé y S. Marcos.
- 23 J. San Servando y San Pedro Pascual.
- 24 V. San Rafael Arcangel.
- 25 S. San Frutos y San Crisán.
- 26 D. San Evaristo y San Fl.
- 27 L. San Vicente y Santa S.
- 28 M. Santos Simón y Judas.
- 29 M. San Narciso, obispo y Sta. Eusebia.
- 30 J. Sta. Cenobia y N.ª S.ª del Amparo.
- 31 V. San Urbano y San Quintín.

—«Cuando yo entré en la guardia del Califa, vuestro padre, éramos cuarenta oficiales. Un día faltó uno de ellos; otro día faltó otro; después un tercero y un cuarto, hasta que sólo quedamos tres. No sabíamos que sucedía, y teníamos temor.



«Fué una noche. Yo estaba ya acostado. Llamaron a la puerta. Me fui a levantar para abrir, y mi mujer me detuvo.

—«No vayas, me dijo ella. Vístete primero, y luego vas a abrir.»

«Me vestí y fui hacia la puerta, y ella me detuvo otra vez. «No, no vayas así. Coge tus armas y sal.»

«Cogí mis armas y aún me detuvo mi mujer antes de salir, diciéndome: «No, no vayas. Prepara antes tu caballo, y luego abre.»

«Arreglé mi caballo, y entonces mi mujer me abrazó, y abriendo la puerta, me dijo: «¡Vete ahora y que Dios te proteja!»

«Salí a la calle y me encontré con un gallardo mancebo, montado sobre un caballo negro, y armado de todas armas. Me miró de arriba a abajo, me saludó y me dijo: «¿Sois un caballero? Si lo sois, montad y seguidme.»

«No hablamos más. Monté a caballo y le seguí. Caminamos días, noches, semanas, y yo no le pregunté quién era, ni dónde íbamos. Un día encontramos una capilla en el campo, y él entró a orar. Una hora duró su plegaria y salió de allí llorando. Nolvimos a montar a caballo y caminamos, caminamos, hasta que una noche llegamos delante de una caverna. El arregló sus armas y me dijo:

—«Espérame hasta que amanezca. Si no salgo, toma mi caballo y los sacos que tiene a la grupa, llenos de oro y piedras preciosas, y márchate. Si salgo te contaré quién soy, y porqué te he traído hasta aquí.»

El Califa escuchaba con la boca abierta. El viejo prosiguió:

«Pasaron dos horas. En la caverna se oía ruido de espadas, que poco a poco fué cesando, y de repente yo ví salir al joven, manchado de sangre y ligeramente herido, con la espada en la mano.

—«¿Todavía me esperas?, dijo. Eres un bravo caballero.» Montamos y caminamos hasta llegar delante de la capilla en que el joven había orado.

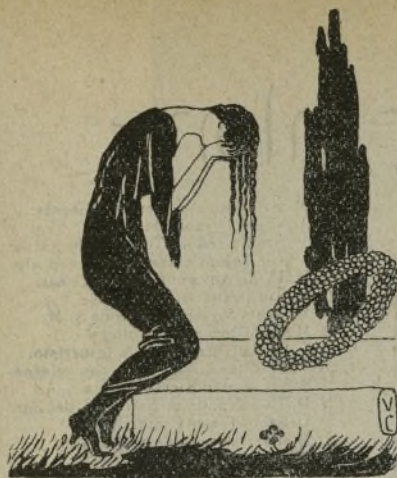
«Esta vez el joven me hizo entrar. Era la capilla una pequeña habitación con un ataúd en el centro, y en el ataúd, el cuerpo embalsamado de un joven.

«Oró brevemente, y con lágrimas, y después me dijo: «Ahora es el momento. Voy a decirte quién soy yo, de quién es este cadáver, porqué te he traído aquí y qué ha sucedido en la caverna.»

«Se quitó sus armas y sus vestidos y, desnudo, se presentó ante mí. Era una doncella...

El Califa estaba maravillado por el cuento. El viejo continuó:

Noviembre



- 1 S. La Fiesta de todos los Santos.
- 2 D. La Conmemoración de los difuntos.
- 3 L. San Valentín y San Hilario.
- 4 M. San Carlos Borromeo y San Felice.
- 5 M. San Zacarías, prof. y Sta. Isabel.
- 6 J. San Leonardo, cfr. y San Severo.
- 7 V. San Herculano y San Amaranzo.
- 8 S. El Patrocinio de Nuestra Señora.
- 9 D. Apar. de la Virg. de la Almudena.
- 10 L. San Adriano y San Demetrio.
- 11 M. San Martín y San Bartolomé.
- 12 M. San Millán y San Diego de Alcalá.
- 13 J. San Estanislao y San Eugenio III.
- 14 V. San Serapio y San Lorenzo.
- 15 S. San Eugenio I y San Leopoldo.

- 16 D. San Rufino y San Valerio.
- 17 L. Santos Acisclo y Victoria.
- 18 M. La Dedic. de la basi. de S. Pedro.
- 19 M. Santa Isabel, reina de Hungría.
- 20 J. San Agapito y San Simplicio.
- 21 V. San Rufo y San Esteban.
- 22 S. Santa Cecilia y San Filemón.
- 23 D. San Clemente y Santa Felicitas.
- 24 L. San Juan de la Cruz y Sta. Flora.
- 25 M. Santa Catalina y San Gonzalo.
- 26 M. Los Desposorios de N.ª Señora.
- 27 J. San Virgilio y San Facundo.
- 28 V. San Gregorio III, papa.
- 29 S. San Saturnino.—Se cierran las velas.
- 30 D. 1 de Adviento.—San Andrés, aptol.

«La doncella, dándome su espada, me dijo: «Tú me vas a decapitar con esta espada y pondrás mi cuerpo al lado del de este joven, en el mismo ataúd. Rodearás mis brazos a su cuello y los suyos al mío. Juntarás nuestras cabezas de modo que nuestros labios se toquen...»

«Quise rehusar el cumplimento de este encargo; pero la doncella me dijo, amenazadora: «Te mataré también, si no cumples mi deseo.»

«Yo se lo prometí, y la muchacha entonces me contó su historia.

El Califa no perdía palabra. El viejo siguió:

«El cadáver era de un príncipe, novio de la joven heroína, princesa también de un lejano reino, y los habitantes de la caverna eran los siete hijos de otro rey. Uno de estos siete hermanos quiso casarse con la princesa, prometida hacía siete años al otro príncipe. Vino la guerra, y en ella murió su prometido. El rey, padre de los siete hijos, fué destronado, y los siete hermanos vivían como bandidos en aquella caverna. La princesa juró no casarse, y vengar la muerte de su prometido. Vestida de hombre los persiguió, hallándolos por fin en la frontera de nuestro reino. Buscó a uno de nuestros oficiales de la guardia para que ejecutara las órdenes que ella diera; pero treinta y

siete de ellos fueron muertos, porque se le presentaban, sin estar dispuestos para la lucha. Yo hubiera sufrido la misma suerte, si mi noble e inteligente mujer no me hubiese retenido.

«Cumplí los deseos de la heroína. La degollé, la puse en el ataúd, cerré la capilla y me volví a mi casa.

«Dos meses tardé en la vuelta. Mi mujer me esperaba. Salí a mi encuentro y nos abrazamos. Yo le debía la vida.»

El Califa seguía escuchando. El viejo concluyó:

«Si hay mujeres perversas, hay en cambio otras que son honestas y verdaderas heroínas. No hay que hacer responsables de la falta de una persona a todas las que pertenecen a su sexo, ni se debe criticar o castigar a nadie por las faltas que su antecesor cometiera. Por estos motivos yo juzgué que la orden de mi rey no era justa, y prefiero ver destruir a mi familia, antes que cumplirla.»

Cuando el viejo visir acabó su relato, el Califa se arrojó a sus pies y le besó las manos, y recompensó al gran visir, su hijo, colmándolo de honores.

Por la traducción,
ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA.



En constante sobresalto.

—Me parece, Rosina, que he notado cierto olor a bolchevique.



¿A V. no le han gustado nunca las mujeres?
EL SOLTERON. Al contrario, me gustaron siempre y no me he casado por no disgustarme con ellas.



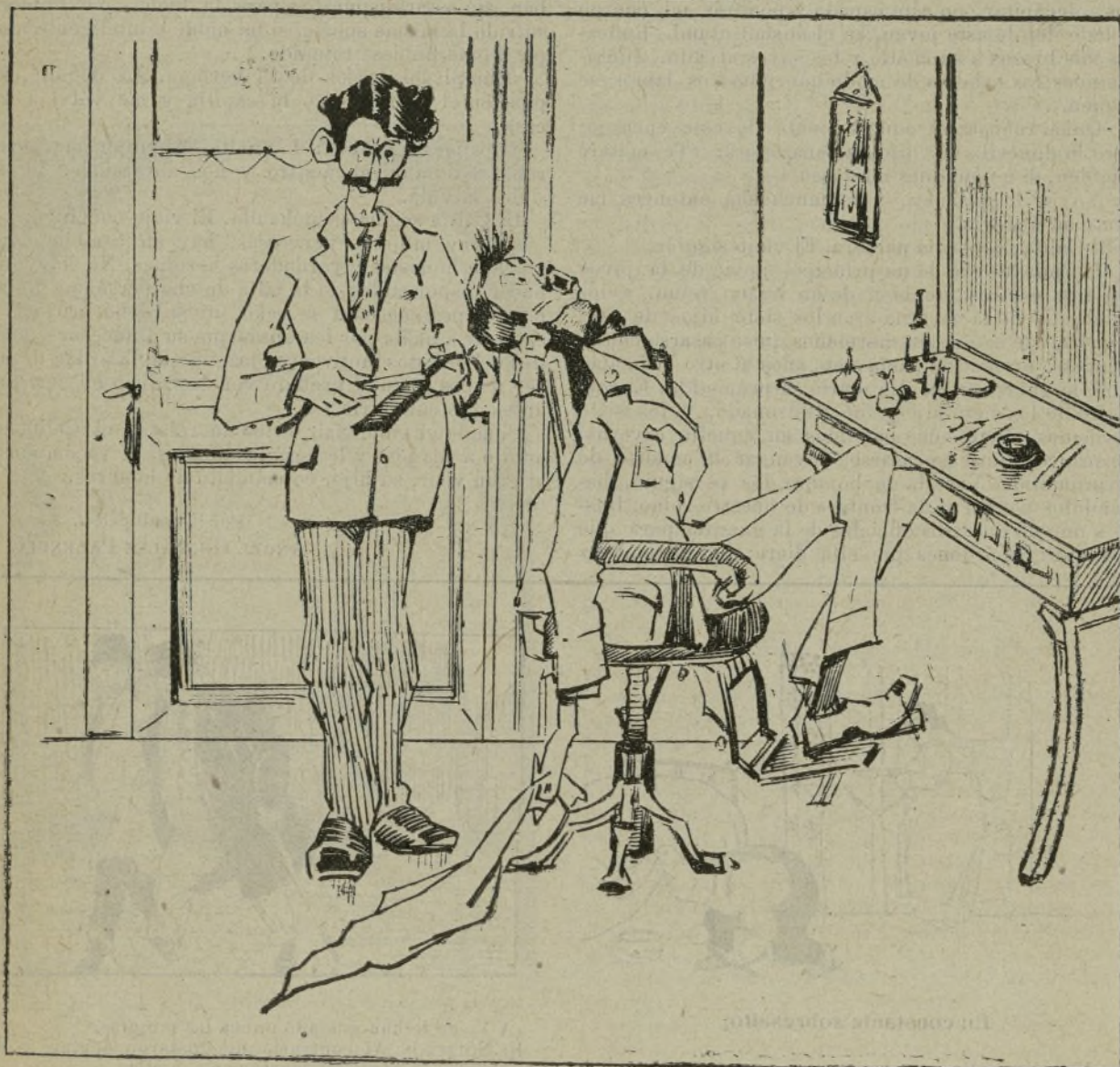
Diciembre

- 1 L. San Eloy, obispo y Santa Natalia.
- 2 M. Santa Bibiana y Santa Elisa.
- 3 M. San Francisco Javier y S. Casiano.
- 4 J. Santa Bárbara, pat. de los artill.
- 5 V. San Sabas y San Anastasio.
- 6 S. San Nicolás de Bari, obispo.
- 7 D. II de Adviento.—San Ambrosio.
- 8 L. La Purísima Concepción.
- 9 M. Santa Leocadia y San Restituto.
- 10 M. Nuestra Señora de Loreto.
- 11 J. San Dámaso, papa y San Sabino.
- 12 V. Nuestra Señora de Guadalupe.
- 13 S. Santa Lucia, pat. de escribanos.
- 14 D. III de Adviento.—San Justo.
- 15 L. Santa Cristina y San Eusebio.
- 16 M. San Valentín, mártir.

V.C.

- 17 M. San Franco de Sena.—Témpora.
- 18 J. Nuestra Señora de la O.
- 19 V. San Nemesio.—Témp.—Ahs. carne.
- 20 S. San Teófilo.—Témp.—Ay. con ahs.
- 21 D. IV de Adviento.—Santo Tomás.
- 22 L. San Demetrio y San Zenón.
- 23 M. Santa Victoria.—Días de S. M.
- 24 M. San Gregorio, presbítero.
- 25 J. La Natividad de N. S. Jesucristo.
- 26 V. S. Esteban.—Se abren las velanes.
- 27 S. San Juan y Santa Nicereta.
- 28 D. La infva. de la Natividad del Sor
- 29 L. Santo Tomás Cantuariense.
- 30 M. La Traslación de Santiago.
- 31 M. San Silvestre, papa.

EN LA BARBERÍA



¿Le molesta?

Las joyas del Museo del Prado



San Juan Bautista, cuadro de Solimena, que todavia figura en nuestro Museo Nacional.

OCASO



Composición de C. Cámara

Ayuntamiento de Madrid

FELIZ AÑO NUEVO

ANUNCIA EN EL SIGLO VIGESIMO



Composición fotográfica, interpretada por la ex-actriz Carmen Ruiz Moragas.

(Foto Larregla).

Los paseos de las Artistas.



1. Un grupo interesante. La genial bailarina "La Bilbaínita" con las notables artistas Margarita Díaz y Rafaelita Haro en el Parque de Madrid. 2. Las bellas artistas Margarita Díaz y Rafaelita Haro, fotografiando en el estanque del Retiro. 3. La Bilbaínita.

(Fotos Larregla)

Los paseos de las Artistas



Rosario Leonis.

(Foto Larregla).

Los paseos de las Artistas.



La Bilbainita.

(Foto Larregla).

LOS CABALLOS DE SAN MARCOS

Venecia lleva en su nombre solo una ráfaga de luz, de colores, de poesía; una evocación del Oriente, dentro de la vulgar vida moderna permanece envuelta en su viejo manto desgarrado, en su historia sugestiva de grandezas y terrores; conserva sus visiones de luz, su misteriosa y vaga poesía y su dulce ambiente oriental.

No seduce en Venecia sólo la hermosura, incomparable, de los calados palacios de marmol que surgen de la laguna como un milagro del mar; es su ambiente de plácida tranquilidad, de augusta calma, de tristeza dulce; el prestigio de toda su historia, de sus tradiciones y sobre todo, de su arte, [que hacen exclamar al poeta.

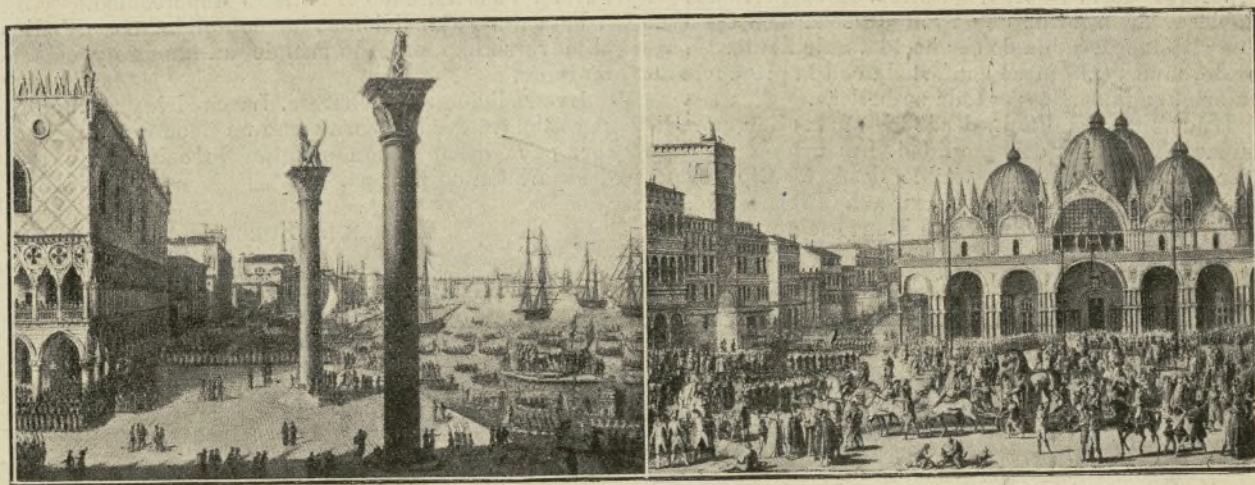
«Un deseo di morir si sente».

Es en la Plaza de San Marcos y en los edificios que

llos de bronce, obra del arte griego, que adornaban en la Roma de los Césares el arco de Nerón o el de Trajano y que Constantino se llevó a Constantinopla. El gran Dux Dandolo, volvió a llevar esta cuadriga, la única que resta ya en el mundo, y la colocó en la portada de San Marcos.

No se puede formar idea de ella más que viéndola alzarse entre el oro y la policromía del incomparable edificio, bajo el cielo azul de Italia, en medio de esa dulce calma de la laguna, Ruskin, el apostol de la belleza, ha dicho:

«¡Qué abismo entre la sombría catedral inglesa y esta! Los pájaros que la frecuentan bastarían para indicarlo; en lugar de estar rodeadas de una multitud de cuervos de alas negras y voz desagradable, las paredes de San Marcos sirven de abrigo a innumerables



Los caballos de San Marcos vueltos a conducir a Venecia en 1815.—Los caballos de San Marcos transportados a París en 1797.

la forman donde aún late el corazón de Venecia y se conservan mejor los vestigios de su pasado esplendor, de su poderío y de su hermosura. Más que plaza pública San Marcos es un salón, una especie de patio de marmol blanco, y rodeado de magníficos edificios sobre los que descuella la catedral. Es una visión oriental la de esa fachada semi-árabe, semi-birantina, con sus cúpulas sarracenas y sus agujas góticas; con sus puertas incrustadas de plata, los frescos que lucen al sol, los mosaicos de oro que cubren la fachada y los cientos de columnas de finísimo marmol que la adornan.

A esta sugestión del arte se une la de la historia: Allí compareció Lorenzo Celsi de rodillas y sin el birnete ducal ante el pueblo; en aquella tribuna de la izquierda predicaba Enrique Dandolo la cruzada y en el atrio hay una piedra donde el terrible corsario Barba Roja dobló la rodilla ante Alejandro III.

Eran los tiempos de esplendor, cuando la flota veneciana era la primera del mundo y esta ciudad asombraba con su poderío y la pompa de sus doges.

Este espléndido San Marcos fué producto del botín de guerra; se trageron para él de Constantinopla, columnas, mosaicos y metales preciosos, y se rescataron los célebres caballos de Nerón, los magníficos caba-

palomas que anidan entre el follaje de marmol y mezclan la dulce irrisación de sus plumas cambiantes a cada movimiento, con los tintes no menos atractivos que quedan allí inmutables».

Esa belleza de la cuadriga sobre la que revoloteaban las palomas sedujo a Napoleón que en 1797 la hizo transportar a París, donde permaneció diez y ocho años, hasta que el Emperador de Austria la devolvió a Venecia.

Debieron inspirar lástima estos caballos durante su cautividad. Se los miraría como enflaquecidos y tristes fuera de su trono. Las obras de arte necesitan su ambiente propio, no se las puede catalogar en un museo como los libros en una biblioteca, para comodidad de coleccionistas sin que pierdan casi todo su encanto. Los museos son panteones de las cosas a los que no deben ir las que aun viven en el medio que deben ocupar.

Parecía que la célebre cuadriga reposaría ya allí en la eternidad posible de las cosas, pero esta nueva guerra hizo temer no sólo por toda la obra de arte que encerraba Venecia: por Venecia entera.

Guerra bárbara y cruel, como todas las guerras, no se respetaba tratado alguno, y las ideas más nobles parecían haberse borrado del corazón de los hombres. Las escuadrillas de hidroaviones volaron sobre Vene-

cia, las bombas cayeron en esos edificios más valiosos que toda una generación de hombres, porque sus sagradas piedras son como el florecimiento y la esencia del alma de la humanidad, através de los siglos. Cayeron esas obras únicas e insustituibles, la admirable Santa María hermosa, los frescos de Tiépolo.

Por un momento se oye resonar con terror la profética voz de Lord Ryron.

«¡Oh, Venecia, Venecia! Cuando tus palacios de marmol estén bajo las olas, se oirá el grito de las naciones sobre tus ruinas y un largo lamento resonará en las orillas del proceloso mar.

Los venecianos se aprestaron a defender sus tesoros. Los cuadros maravillosos fueron arrollados y colocados en cajas blindadas, las estatuas se cubrieron con murallas de sacos de arena, los cimientos se reforzaron, cuidando de que la albañilería manchase las piedras patinadas, que asemejan hierro, plata y marfil interponiendo tela parafinada ¡Admirable trabajo!

Los venecianos defendían su arte, pero no querían separarse de sus obras maestras. Estaban llenos de nobleza, de orgullo, de pasión desesperada. Querían que si Venecia había de ser herida, aniquilada, agonizante, muerta, lo fuese confortada con la presencia de su arte, engalanada con toda su belleza.

La defensa era difícil, desde las tierras hoy ya redimidas, se atacaba con facilidad. Las noches de luna Venecia era claramente visible desde lo alto porque rodeada de agua y entre cruzada de canales que reflejan sus perfiles ofrecía un blanco seguro. A la he-

roica marina italiana, que ha defendido incansable a Venecia, se debe que no se haya consumado la destrucción de la ciudad del arte.

Una de las obras maestras que fué preciso desplazar para evitar la destrucción de San Marcos, fueron los caballos de bronce.

Por una extraña coincidencia esos caballos se movían de su sitio al siglo justo de estar colocados en él. Como hemos dicho, volvieron de París en 1815, en 1915 se les quitaba de su sitio para llevarlos a lugar seguro.

Cuando el primer caballo descendió, dando vueltas sobre las cuerdas, en pleno sol de Mayo un escalofrío recorrió la multitud que lo contemplaba. Se recordó la tradición *cada vez que los caballos de bronce se mueven, cae un imperio*. Cuando abandonaron a Italia, se desmembró el imperio romano; cuando del Hipódromo de Constantinopla volvieron a Venecia, el imperio griego de derrumbó ante la cuarta cruzada, a impulso de Enrique Dandolo. Cuando volvieron de París a Venecia, cayó el imperio Napoleónico.

Esta vez la tradición se ha cumplido. Los caballos al moverse han pateado más de un imperio y más de un reino.

La tradición se robustece. La cuadriga maravillosa se tendrá desde ahora como un buen genio protector, cuya desaparición sólo puede coincidir con la desaparición de Europa.

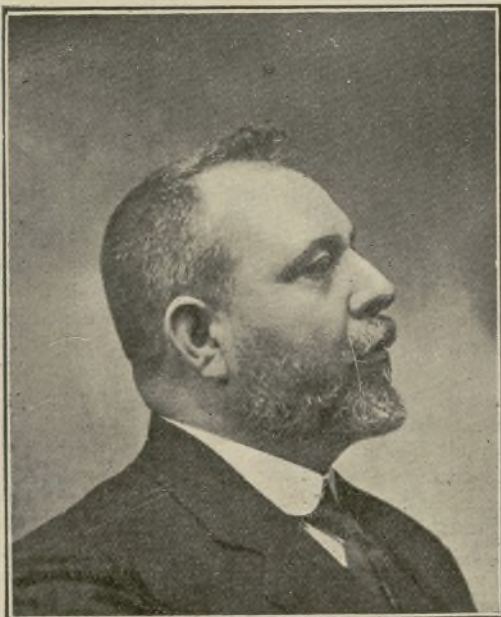
CARMEN DE BURGOS «COLOMBINE».

Doctor Galiana

Entre la clase médica de la Corte es ventajosa y sobradamente conocido el Dr. D. Jerónimo Galiana.

Discípulo predilecto del famoso Dr. Esquerdo, a su lado y siguiendo sus sabias lecciones sancionadas por la experiencia continua en la observación de variados casos clínicos, formó su espíritu científico, creándose, merced a improbos trabajos, una envidiable y merecida reputación profesional en el tratamiento de las enfermedades mentales y nerviosas.

Recientemente, y con ocasión de la última epidemia gripal, poniendo a contribución su saber y el entusiasmo

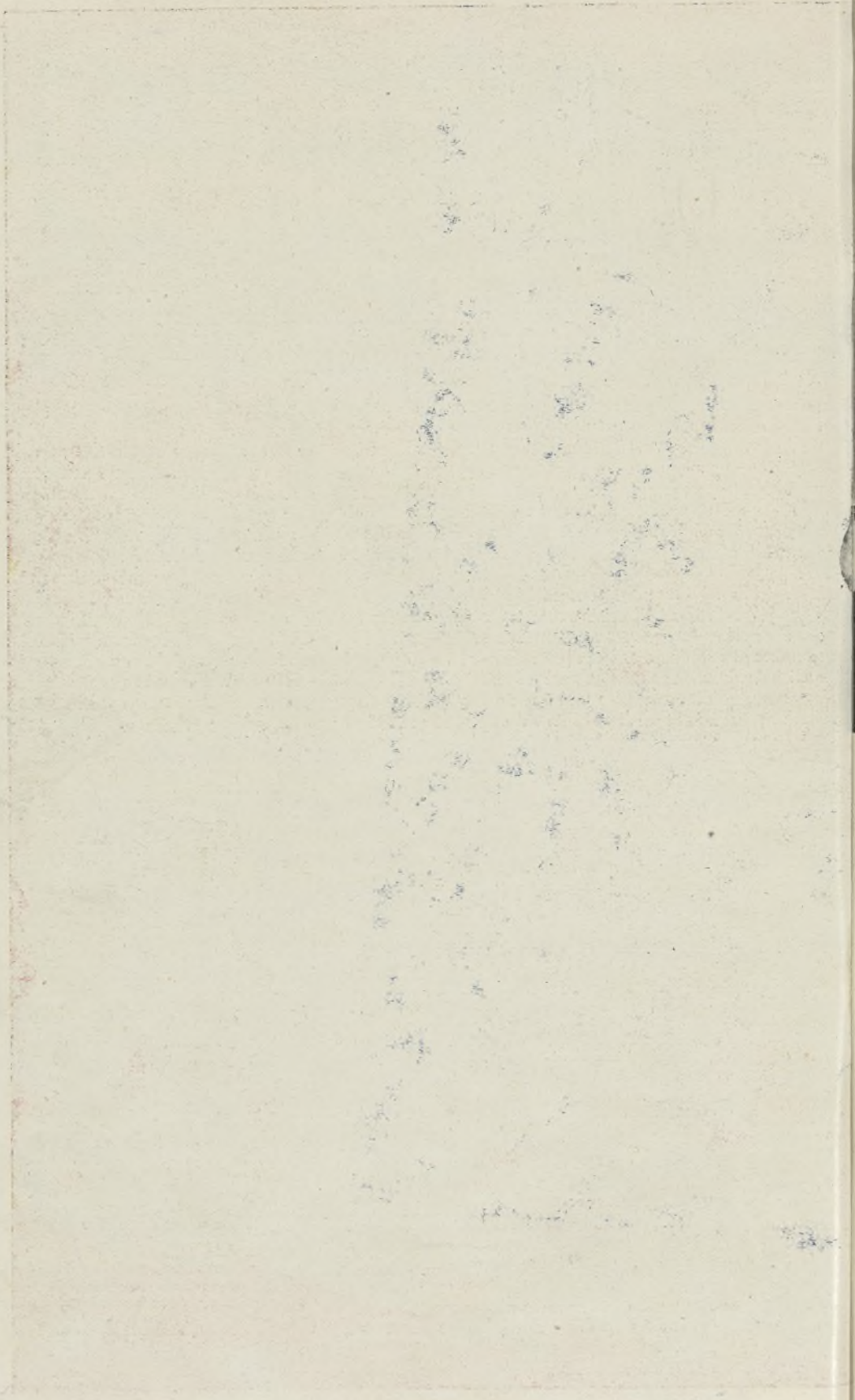


por su profesión, logró curas que sin hipérbole pudiéramos llamar maravillosas, mediante el empleo de sus novísimos métodos científicos.

Innumerables son los enfermos que casi desahuciados, o desahuciados del todo, siguiendo sus prescripciones, llegaron a ver el término de sus dolencias. Por su altruismo, por su llaneza de carácter, y sobre todo por su competencia, es merecedor del respeto y consideración con que le distinguen, no solo aquellos que encontraron en él los auxilios de la Ciencia, sino también sus compañeros en el ejercicio de la Medicina.

LOS HONORES







EL LEÑADOR

En la oquedad del bosque solitario
resuena el golpe lento
de un hacha, que semeja,
rodando hasta apagarse sobre el eco
de la tarde dormida,
la voz ronca y lejana de un lamento.

La tarde está brumosa,
fría tarde monótona de invierno,
sin nidos, sin regatos,
ni hierba en los senderos,
sin hojas en las ramas,
ni bruídos celajes por el cielo,
¡sólo un tropel de nieblas
sobre los troncos yertos,
grises brumas que ponen en los árboles
una luz melancólica de espectro!

Yo sólo, sin que nadie
venga a turbar mis hondos pensamientos,
camino por la selva adormecida
bajo esta claridad triste de invierno.
Yo solo voy, mis pasos
nadie sigue, el silencio,
bajo estas grises brumas,
es tan sólo mi grave compañero.

¿Dije sólo? ¡Dios mío!
Sólo no, que en el eco
resuena de aquel filo,
implacable y tenaz, el golpe lento.

¿Qué leñador sombrío
es ese que, en el quieto
misterio de la tarde soñolienta,
se entretiene en hendir los troncos viejos?

Para aliviar el frío de estas horas,
me acojo, inconsolable, a los recuerdos,
y los días azules de mi vida,
días que se perdieron
a mi espalda entre el polvo del camino,
me alegran con sus líricos reflejos,
que a su luz de oro y rosa
siento abrirse, recóndita, en mi pecho,
una fúlgida llama que aun calienta
la aridez de mi senda con sus besos.

Mis cabellos oscuros
tienen ahora matices cenicientos,
y mis manos, forjadas
para herir en la lucha, como el hierro,
hoy, sin sangre y sin iras, languidecen
a lo largo, caídas, de mi cuerpo.

Antes eran mis años una selva
de troncos corpulentos
que un estío perenne coronaba
de pájaros y frutos, dulces sueños
perdidos para siempre,
para siempre ¡ay! perdidos, que ahora veo
a esas ramas pomposas, sin verdores,
alzarse ante mis ojos como espectros.

¡Oh, leñador sombrío,
maldito leñador que, torvo y lento,
vas podando las horas de mi vida,
detente, por piedad, mira que el eco
de tu golpe implacable, en mis oídos,
tiene la voz lejana de un lamento!

F. LÓPEZ MARTÍN.

(Del libro ORACIONES PAGANAS, recién publicado).

CRONICA TAURINA



Fortuna rematando un quite.



Uno de los toros más bravos, que se han lidiado en el año, perteneciente a la vacada de Pablo Romero.



Valerito matando.

La temporada taurina en Madrid ha sido movida en alto grado. Durante el año que termina se han celebrado veintidos corridas de toros, de las cuales fueron doce de abono. Entre las extraordinarias se han efectuado las de Beneficencia, Cruz Roja, Asociación de la Prensa y Montepío de Toreros.

En estas corridas han tomado parte los diestros siguientes: Gaona y Gallito que actuaron en nueve; Malla y Salerí en siete; Fortuna y Camará, en seis; Cocherito, en cuatro; Pacomio, Algabeño II y Nacional, en tres; Vazquez, Celita y Paco Madrid, en dos, y Punteret, Limeño, Alé, Félix Merino, Pacorro Varellito y Dominguin, en una cada uno.

Vicente Pastor y Rafael Gómez Gallo, se despidieron del toreo los días 23 de Mayo y 10 de Octubre respectivamente.

Vamos a ocuparnos, aunque muy a la ligera, del trabajo ejecutado por cada uno de estos espadas, salvando, como es natural, de este análisis, la labor de los que para siempre abandonaron la profesión.

Cocherito.—A pesar de estar en las postrimerías de su carrera, cumplió bastante bien el veterano diestro, dentro, claro está, de su toreo que ya no está en consonancia con las corrientes modernas de renovación, que se han dejado sentir en el arte del toreo.

Estuvo valiente en conjunto, y su tarde mejor la dió el día de los miuras, y sobre todo la faena que hizo con el toro que hirió gravemente al banderillero Pinturas.

Vazquez.—Solo en dos corridas ha tomado parte el torero de Alcalá de los Panaderos, y en las dos ha consolidado su cartel de buen estoqueador, pues sabido es que Curro es uno de lo mejores matadores que tenemos en la actualidad.

Ha toreado poco, tratándose de un diestro, que el pasado año mereció en esta plaza el galardón de cortar dos orejas, por su brillante comportamiento.

Rodolfo Gaona.—El elegante artista mejicano comenzó la temporada con desgracia. De un lado la actitud injusta de una parte del público, y de otro, la preocupación constante que embargaba su ánimo, por una grave contrariedad de carácter privado, hicieron que Gaona se mostrase apático, soso desconfiado. Solo de vez en cuando dejaba asomar algún destello de su arte inmenso, pero eso era poco tratándose de una de las primeras figuras del toreo contemporáneo.

Cuando los enemigos del torero le creían ya acabado, y hasta de los mismos partidarios del diestro, em-

pezaba a apoderarse la desconfianza, Rodolfo tuvo un arranque, y en la corrida a beneficio de la asociación de la Prensa, hizo una de las faenas más hermosas de que se tiene historia.

Fué aquella una faena cumbre, de las que solo pueden llevar a cabo los elegidos de los dioses.

¡Como sería que sirvió de esponja para borrar todo el trabajo deficiente, que había ejecutado en tardes anteriores!

Con razón decía el inmortal Lagartijo: «El que tiene una onza, tarde o temprano la cambia».

Malla.—Siete corridas ha toreado el vallecano y en las siete, su labor ha dejado satisfechos a los aficionados. No ha realizado faenas extraordinarias, de esas que se archivan en la mente de los aficionados, pero todos los días que ha salido a la plaza ha puesto a prueba una desmedida valentía y una gran dosis de voluntad, que unidas a su modestia, le han hecho granjearse muchas simpatías y buen número de adeptos.

Malla no es de los que roban el dinero que perciben por su trabajo.

Punteret.—En una sola corrida ha actuado el diminuto madrileño, y en ella demostró que no merece estar desterrado de la plaza que da y quita cartel a los toreros.

Estuvo valiente y lucido toda la tarde y en premio a su brillante actuación se le dió la oreja de uno de sus enemigos.

Pacomio Peribáñez.—Un año ha estado retirado de los circos taurinos, a causa de un grave percance que sufrió, al chocar la motocicleta que guiaba, con un camión automóvil.

Al reaparecer en la plaza cortesana, ha demostrado el diestro de Valladolid que su valor no ha menguado, que sigue siendo el mismo torero valiente y animoso, que pone a servicio del público todo lo que pueden dar de sí sus condiciones artísticas; pero, triste es confesarlo, que las facultades no son las mismas de antes del terrible accidente.

Debido a esto, en las tres corridas en que ha tomado parte, no ha conseguido Pacomio escalar el puesto que a sus méritos corresponde.

Celita.—El valiente maruso no ha tenido completa suerte. Se ha arrimado y sobre todo lo suyo, arrancar a matar, lo ha hecho con ganas, pero como la desgracia le ha acompañado incesantemente en Madrid, no ha conseguido lograr la estocada, y como a los toreros

de la cuerda de *Alfonso* se les exige que maten siempre a la primera, de ahí que su paso por nuestro circo taurino haya sido sin el relieve necesario a un torero del pundonor profesional de Celita.

El próximo año tiene que apretar, y recoger sus fueros de formidable estoqueador.

Gallito.--La temporada presente ha sido una constante serie de triunfos para el fenomenal artista de Gelves.

Sus enemigos y detractores suponiendo que todavía exista alguno--ya no tienen armas con qué combatirle.

«Gallito es un torero muy largo, decían: es un pozo de ciencia, pero, carece de valor». Y Joselito les demostró que se arrima y expone tanto como el que más, la memorable tarde del día 16 de Mayo, célebre desde este año en los anales taurinos.

Al dar unos lances, brutalmente ceñidos, en un quite a un picador, el toro, de Gamero Cívico por más señas tuvo la desfachatez de coger al Emperador de la torería y voltearle como a un torero cualquiera, y Gallito, temblando de rabia y valor, se metió, ¡así como suena! dentro del bicho.

Lo banderilleó en menos que se persigna un cura loco y después, para *hacerse cartel*, le salió desafiando de rodillas, y, en esta forma, le dió un estupendo y emocionante pase ayudado, y a continuación lo toreó como le dió la real gana, de todas las formas conocidas y por conocer, y cuando el público, ya estaba borracho de jalear al Prodigio, mató al de Gamero de una estocada por las agujas.

¡Y decían que no emocionaba!

Después de esto tuvo otro éxito memorable el día que dió la alternativa a *Valerito* y *Dominguín*, y para poner digno remate a estas *tonterías*, el día 10 de Octubre en la corrida de despedida de su hermano Rafael, hizo la faena más completa que se ha hecho en el toreo, desde tiempos del señor Pedro Romero, de feliz memoria hasta estos miserables días de fiebre autonomista.

Por todo lo cual queda plenamente demostrado que Gallito sigue siendo el amo y señor que rige los destinos del mundo taurino.

Paco Madrid.--Va para atrás como los cangrejos. Dos veces se ha vestido de torero en la plaza madrileña y todo su trabajo ha sido de una vulgaridad aplastante. Ni aún matando, que antes era su fuerte, ha logrado sobresalir.

Limeño.--El antiguo compañero de Joselito ha dado este año un buen empujón.

Hacerse notar en una corrida de postín, como era la de despedida del Gallo, y después de haber tenido el Wilson del toreo su mejor tarde, era empresa harto difícil para un muchacho que apenas si torea cuatro corridas en la temporada, pero *Limeño*, salió decidido a todo y consiguió que se fijasen en él los aficionados, y hasta que le ovacionasen con entusiasmo después de la hermosa muerte que dió a su segundo enemigo.

Veremos si el próximo año confirma la excelente impresión causada, o si por el contrario, hay que achacar lo que hizo últimamente a obra de la casualidad.

Saleri.--La campaña de mil novecientos diez y ocho, ha sido victoriosa para el torero de la Alcarria, porque durante ella, ha visto premiados sus esfuerzos y valentía, con el merecido ascenso a Capitán general de los ejércitos taurinos.

Y hay que hacer constar que la carrera de Saleri ha sido hecha paso a paso, sin apresuramientos ni vacilaciones.

Hasta este año había toreado poco en Madrid, y sin

embargo, al final de todas las temporadas el número de corridas toreadas por Julián en provincias, sobrepasaba de cincuenta.

«Algo tendrá el agua cuando la bendicen», decíamos nosotros viendo que en los carteles de toros de todas las ferias de importancia, figuraba el nombre de Saleri, y este año nos hemos convencido plenamente de porqué el alcarreño toreaba tanto sin llevar todavía su trabajo el marchamo de la Aduana madrileña, que es la que otorga a los toreros el pase de libre circulación por las principales plazas de toros.

Las siete tardes que ha actuado en el ruedo de la Corte ha salido dispuesto a demostrar que podía competir con los primeros, y que si las palmas y los billetes se ganaban arrimándose a los cornudos, él, no se marchaba a su casa ninguna tarde sin llevarse una buena ración de ambas cosas.

De todos los tiempos obtenidos por Julián, el más resonante fué el logrado en la corrida a beneficio del Montepío de toreros, fiesta memorable por ser la última que tomó parte el gran torero madrileño Vicente Pastor, Saleri toreó, banderilleó y mató de tan admirable manera al quinto toro, que por aclamación popular le fué concedida la oreja de su rival.

Algabeño II.--El trabajo de este diestro ha dado lugar a varias controversias. Mientras algunos, poniéndose fuera de tono, han dicho que es el sucesor de Frascuelo, otros, le niegan el aire y el fuego, y le ponen poco menos que a la altura del *Enagüitas*.

Ambos juicios son exagerados. Algabeño es un torero basto, de escaso repertorio, pero es un formidable matador.

Claro es, que si vamos a depurar escrupulosamente su estilo, habrá momentos en que éste no se ajuste perfectamente a las reglas que dictan los Cánones taurómicos, pero es indudable que Carranza pone en el momento de herir, todo el empuje de su alma de acero.

En las corridas que ha toreado en Madrid, ha cumplido bien, logrando destacarse, como es natural, en el momento supremo.

Fortuna.--La primera vez que toreó el diestro bilbaino a su regreso de Lima, hizo concebir grandes esperanzas a la afición.

Vino tan valiente como se fué, pero más torero, más hecho. Toda la tarde fué un completo éxito para el de Sestao, y su buen comportamiento le valió gran número de contratos, y que su nombre figurase en todas las ferias de primer orden.

Después, a medida que la temporada iba transcurriendo, *Fortuna* fué descuidándose lastimosamente en su labor. Parecía como si con lo hecho en Madrid la primera tarde, tuviera bastante para ir tirando un par de años, y eso, dice muy poco en favor de un torero que está empezando, y que tiene condiciones sobradas para ser de los primeros, a poco esfuerzo que haga.

En las seis corridas que ha toreado ante los madrileños, ha dejado, por lo que decimos anteriormente, a bastante mediana altura su pabellón.

Tiempo es aún de rectificar su conducta, pues de lo contrario, irá a engrasar el motín de los anónimos, donde yacen las esperanzas de tantos diestros que sólo fueron en su arte, flor de un día.

Alé.--Confirmó la alternativa en una corrida extraordinaria. Aunque no hizo grandes proezas, estuvo bien y fué aplaudido.

Félix Merino.--En las novilladas caniculares del pasado año, se reveló este muchacho como torero de porvenir. Tenía un primer tercio de torero caro, pues

paraba y templaba con el capote, de forma sorprendente.

Cuatro o cinco tardes de éxito bastaron para que el joven diestro se decidiese a variar de categoría, recibiendo la suprema investidura de manos del Gran Maestro de la torería.

No le rodó muy bien la cosa en esta corrida, y la empresa, injustamente, prescindió de su nombre al confeccionar el cartel del pasado abono, presentándolo en una extraordinaria, en la que Félix puso de manifiesto los excelentes dotes de lidiador que posee.

Camará.—El joven cordobés puede decir que ha hecho su corta y brillantísima carrera, dando codazos a diestro y siniestro, hasta colocarse en las avanzadas del campo toreril.

Una sola novillada, la de su presentación en el ruedo de la Corte, le abrió de par en par las puertas de la popularidad y de la gloria.

Sus magníficas faenas asombraron a la muchedum-



Una verónica de Ventoldra,

bre, y en todos los sitios donde se reúnen los aficionados, no se habló durante muchos días, de otra cosa que de la labor realizada por el sobrino del gran *Chiquito*.

Con la atmósfera caldeada por tan enorme triunfo, se decidió a tomar la alternativa, reto que tuvo lugar en nuestra plaza, el pasado mes de Marzo.

El paso dado por *Camará* fué muy discutido, pues no faltaba quien encontrase prematura la decisión del diestro, y hasta se aventuraban juicios poco halagüeños para el porvenir del cordobés.

Por fortuna, los que así pensaban se han equivocado, pues José Flores, no sólo ha seguido su camino sin desmayar un momento, sino que toreando con frecuencia, ha adquirido la práctica necesaria para poder llegar a ser una de las primeras figuras del toreo.

En el año que termina ha logrado diversos éxitos, pero el mayor lo obtuvo al muletear y estoquear de modo irreprochable, al último toro de la corrida en que el divino Rafael, se despidió de sus paisanos.

Nacional.—Otro de los doctorados el año mil novecientos diez y ocho, ha sido Ricardo Anlló «Nacional.»

Este torero, todo tesón y voluntad, como buen ba-
turro; ha llegado desde modesto banderillero de novillos hasta matador de toros, a fuerza de constancia.

Conoce todas las suertes del toreo, siendo muy difícil que pueda tener grandes descabros en su profesión pues como decimos, ha hecho el aprendizaje, paso a paso.

En las tres corridas que ha toreado en Madrid, ha puesto de relieve sus vastos conocimientos en el arte de lidiar reses bravas, y un desmedido afán por corresponder a los favores del público, dejando bien sentado

su cartel y mereciendo el honor de cortar una oreja.

Pácorro.—Conocíamos a *Pácorrito* como torero finísimo, digno continuador de la escuela de Joselito, con quien dió los primeros pasos en el toreo, pero al que el miedo.—hay que decirlo así, sin efuemismos—no le dejaba colocarse en el sitio que correspondía a sus altos prestigios taurinos. Excusado es decir nuestro asombro al verle el día de su alternativa jugarse la vida varias veces, como pudiera hacerlo cualquier principiante que viniere decidido a conquistar un cartel, supliendo a fuerza de riñones, lo que pudiese faltarle de conocimiento en la materia.

Pácorro, pues, triunfó en el coso de la carretera de Aragón, y nos permitimos aconsejarle que siga la senda emprendida, que es la mas corta para llegar al logro de sus aspiraciones.

Varelito.—Si no conociésemos de antemano a este muchacho, modelo de toreros valientes, nos hubiera bastado por jugarle como una futura gloria de su arte, con verle estoquear a su segundo bicho, el día que Gallito le doctoró en la plaza de toros de Madrid.

!Que hermosa manera de ejecutar el volapié! Se perfiló con los pies juntos, frente al testuz del bruto, adelantó suavemente la pierna izquierda, y moviendo con suma precisión la mano de la muleta, siguió el camino recto, para salir limpiamente por el costillar.

Si esto lo hace a menudo, pronto veremos a *Varelito* en la categoría de los primeros.

Dominguín.—Una sola temporada ha bastado para que el de Quismodo escale las más altas cimas de la Fama. Y es que Dominguin tiene un arte excepcional; su muleta, sobre todo, es un dechado de ciencia y dominio.

Hay quien ha dicho que este torero era la sombra de Belmonte, a quien procuraba imitar en todo. Yo, aun reconociendo que eso no sería un defecto, pues toda la vida se ha estudiado de los grandes maestros, procurando asimilarse todos los secretos de su ciencia, creo que el toledano no remeda al de Triana. Hay ciertos puntos de contacto entre la manera de ejecutar de uno y otro, pero nada más.

Lo que si hay de común entre ellos, es que Domingo, ahora como antes Juan, han puesto la afición al rojo, y que gracias a su arte maravilloso han recorrido en una siesta la distancia que a otros les ha costado muchos años de luchas y fatigas.

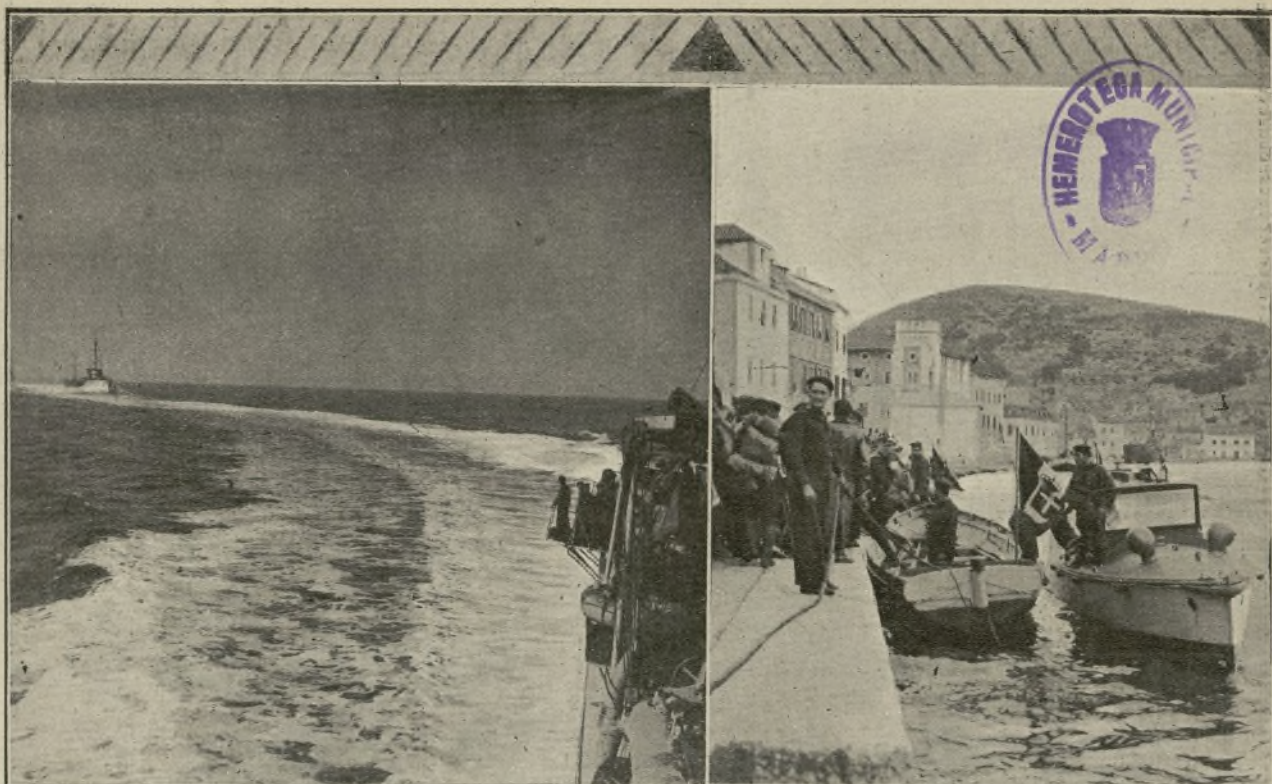
Dominguin tomó la alternativa el 26 de Septiembre, de manos de José Gómez Ortega, no siéndole muy propicia la suerte en dicha corrida, pero eso no es obstáculo para que su cartel siga en alza, pues no en balde se lleva dentro del cuerpo la enorme cantidad de torero que lleva *Dominguin*.

Entre los matadores de toros que no han pasado por el ruedo matritense, no por falta de méritos, pues algunos de ellos podían competir dignamente con los ases de la baraja taurina, se encuentran *Torquito*, que ha hecho lucidísima campaña en provincias, y al que es de justicia reintegrar al abono madrileño; Luis Freg, excelente torero y buen matador; Posada, del que podíamos repetir lo que hemos dicho de Serafín Vigiola; Flores, *Chiquito de Begoña*, el valiente bilbaino, y *Angelete*.

Los novilleros que más se han distinguido durante el año que agoniza, y que, como es natural serán los que ajusten mayor número de corridas en la temporada próxima, son Emilio Mendez, *Valencia*, Ventoldra, *Torquito II*, Sánchez, *Rodalito*, Ernesto Partor y *Vaquero*.

A todos ellos les desea un feliz año, y una serie no interrumpida de Triunfo en su arriesgada profesión.

ITALIA DESPUÉS DE LA GUERRA



1. Una escuadra italiana en navegación, frente a Lissa.—2. Lissa. Desembarco de los marineros italianos.—3. Alimentación para las poblaciones de Lissa.—4. Reparto de víveres.
(Foto M. M. U. S.)



Exmo Sr D. Ventura de la Vega

Queridísimo Ventura
 desde el lecho del dolor
 donde hace tres meses ya
 me tiene, Dios
 te molestó para hacer te
 una recomendación
 un amigo Bonet y Orde
 que es un moro como il faut
 serví dador de esta carta
 y para' de viva voz
 lo que esperamos de ti
 que es un pequeño favor
 Advir que seas feliz
 y que estés mejor y yo
 tu amigo
 Narciso Serra
 que es m. a. puerente al 706

Retrato y autógrafo de D. Narciso Serra.



Sabía que los árboles atraen a los rayos, pero veo que también atraen a las bicicletas.



El origen de la barraca, habitación rústica de Valencia, debe remontarse a los primitivos tiempos de la población de aquella región, cuando el lago de la Albufera se extendía por la huerta, hoy llena de olorosos naranjales y flores. El plano de la barraca es siempre un rectángulo; sus paredes laterales alcanzan de uno a dos metros y la fachada con su parte posterior de dos a tres. El

armazón lo forman troncos de árbol; la techumbre que cae a derecha e izquierda,

se difunde en su exterior. La barraca, la pintoresca barraca, desaparece y con ella lo más típico del paisaje levantino.

es de caña y paja, y está coronada por una tosca cruz de madera.

La barraca valenciana ha sido descrita admirablemente por Blasco Ibañez y cantada en hermosos versos por Teodoro Llorente.

La barraca existe en Murcia, en la Costa Azul, en Italia y en todo terreno lacustre. Aunque el tiempo la ha mejorado interiormente y en los materiales, sigue sin mo-

LOS DIPLOMÁTICOS MÁS FAMOSOS DEL SIGLO 19



1. Castlereagh (Inglaterra).—2. Metternich (Austria).—3. Nesselrode (Rusia).—4. Duque de Richelieu (Francia).—5. Chateaubriand (Francia).—6. Montmorency (Francia).—7. Gortchakoff (Rusia).—8. Lord Beaconsfield (Inglaterra).

¡Cosas de niños!

Nada tan agradable para mi vecino D. Severo Ipecauana como transmitir conocimientos científicos a su hijo Ramón, niño más listo que una ardilla y cuidado, a falta de madre, por Miss Tela, institutriz de malas pulgas y buenas carnes, no obstante, haber nacido en el riñón de Londres. Y nada tampoco más interesante para Ramoncito que las lecciones de astronomía que solía darle don Severo todas las mañanas antes de almorzar, con gran satisfacción por parte del buen señor, que ya veía en el chico todo un Flammarion con pantalón bombacho y cuello a la marinera.

Días pasados entré en curiosidad de oír una de aquellas



lecciones de astronomía, y como viven D. Severo y Ramoncito en el cuarto contiguo al que ocupó yo y los tabiques medianeros se hallan anémicos y demacrados, aproximé a la pared una de las honradas orejas y pude percibir con claridad esto que el padre y el hijo decían:

- ¿Qué es el firmamento?
- Un espacio lleno de firmas.
- ¿Recuerdas lo que es la Osa mayor?
- Una especie de Miss Tela en un carro.
- ¿Qué son estrellas fijas?
- Unos picos que lleva en las mangas el novio de mi hermana.
- ¿Y bólico?
- Así llaman al cobrador del inquilinato.
- ¿Sabes lo que son cometas?
- ¡Ya lo creo!.. ¡Menudo rabo tiene la mía!
- ¿Cuántos son los puntos cardinales?
- Cuatro: norte, sur, este... y el otro.
- ¿Cuál es el otro?
- El oeste.
- ¿Dónde está Mercurio?
- En el termómetro.
- ¿Y Marte?
- En el calendario; allí hay muchos martes.
- ¿Cuántas zonas tiene la tierra?
- La tórrida, en la torre; la templada, en el templo, y la glacial, en la cueva.
- ¿Qué es eclipse?
- El paso de un cuerpo entre otros dos.
- Ejemplo.
- El primo de la señora de Gutiérrez, cuando pasa entre Gutiérrez y la señora.
- ¿Recuerdas lo que te ha referido el tío Juan acerca del eclipse de sol que observó el año mil novecientos?
- Que cuando todo el mundo miraba al cielo con vidrios ahumados, él se entretuvo en observar los efectos que producía el fenómeno en la tierra.
- ¿Y qué vió?
- Que las lechugas de las huertas palidieron y otras

plantas rompieron a llorar; que los ratones comenzaron a dar vueltas y a reirse; que la temperatura bajó hasta el punto de que más de cuatro saltamontes murieron de pulmonía; que las gallinas, ignorantes del eclipse, se acostaron tranquilamente, creyendo que se había anticipado la noche, y que muchos ateneístas, para ver el sol, ennegrecieron vidrios con el humo que llevaban en su propia cabeza.

—¡Basta, Ramoncito, basta!—interrumpió D. Severo.—Tu tío Juan es muy bromista, y aunque durante aquel eclipse se observaron (y durante cualquiera otro que esté bien ensayado) se observan en la tierra efectos extraordinarios y hasta se ve brillar en pleno día las estrellas, desde Júpiter hasta Pastora Imperio, entre eso y las bobadas del tío Juan, hay la misma diferencia que entre las gafas de la abuelita y un acorazado inglés.

Y aquí terminó la lección de aquel día. D. Severo tuvo que acudir a su despacho, donde le esperaba una amiga muy guapa, y Ramoncito se puso a jugar con un automóvil precioso, que, con ser más pequeñito que los de verdad, valía más que todos ellos, porque no había matado a nadie.

No bien había transcurrido media hora cuando sentí llorar y volví a escuchar a través del tabique.

¿Qué había ocurrido? Después lo supe.

La chacha Petra se hallaba subida en una silla, tendiendo ropa en una cuerda de la antecocina, y el precoz Ramoncito había decidido sentarse en el suelo para recrearse en observar las pantorrillas de la chacha. Más cáta que por casualidad se fijó en ello la voluminosa Miss Tela, que, como queda dicho, era un energúmeno, y no hallándose conforme con la curiosidad de Ramoncito, le arreó un soberbio capón, que le obligó a prorrumpir en amargo llanto.

—¿Por qué lloras?—le preguntó su padre.

—Porque acabo de aprender en un instante—contestó Ramoncito—más astronomía que tú me has enseñado en un mes.

¿Pero qué ha pasado?—interrogó D. Severo.



Y le respondió el niño, mostrando una precocidad muy grande y un chichón aún más grande que la precocidad:

—¡Nada, papaito; que estando en el observatorio se me ha venido encima la Osa Mayor y me ha hecho ver las estrellas!..

JUAN PÉREZ ZÚRIGA

¡DOCE MESES

ENERO

Cuesta arriba.

¡Caray qué mesecito pajolero!
Nieve, hielos, escarchas, pulmonías;
Reyes, roscón, juguetes, chucherías...
¡Me canso de echar cisco en el brasero!

Llegó el quince: desde hoy, en el puchero
no entran más que lentejas y judías;
¡Con la temperatura de estos días,
el bolsillo está a siete bajo cero!

¡Gracias a Dios que se acabó la cuesta!
¡Desde Diciembre sin cobrar! ¡Qué racha!
¡Estoy hasta los pelos ya de fiesta!

¡Quién, de este mes tan largo, no protesta,
si, por no ir a la compra la muchacha,
salieron telarañas en la cesta?

MARZO

El nombre raro.

Es don José mi jefe en la oficina;
por Pepe atiende siempre el peluquero;
Jusepe del café es el camarero;
y mi mujer se llama Josefina.

Pepita encantadora es mi sobrina;
le nombran Joselito al recadero;
nos sirve Pepitón, el panadero;
Pepona barre y friega en la cocina.....

Vuelvo a casa a las tres, de madrugada;
felicité a cien mil en la jornada;
¡rendido estoy; descanso necesito!

¡Serenoooo! ¿Dónde se hallará el maldito?
—No se canse en llamarle, señorito,
que es su santo y cogió la gran tajada.

MAYO

Flor temprana.

Yo no sé a punto fijo que les hago,
lo cierto es que se rinden sin alarde;
no encuentro mujer casta que se guarde,
ni, en las lides de amor, doy golpe en vago.

Con unas, mi pasión es dulce halago;
con otras un volcán que ruge y arde;
todas, locas por mí, caen pronto o tarde,
y con desdén e ingratitud les pago.

Hoy ando tras de Luisa y sus amores.
¡Corazón, adelante! ¿Qué vacilas,
si sabes que por tí Luisa perece?

La obsequiaré; la chica lo merece.
Vendedora ¿son frescas estas flores?
—Si, señor; ¡de la Casa, Campo lilas!

FEBRERO

Los de siempre.

¡Chico, de gozo el cuerpo me retoza!
Iremos disfrazados de pastores;
muchachas guapas, pollos bulldores;
¡Bien se va a divertir la gente moza!

Total, se hace con nada la carroza:
percalinas y gasas de colores,
guirnaldas de papel llenas de flores,
y en el centro, con ramas, una choza.

Cincuenta tripulantes hay seguros,
que escotan a diez reales en dinero,
para poder comprar trajes y trastos;

con cien pesetas cubriremos gastos,
y yo, que me han nombrado tesorero,
voy a guardarme veinticinco duros.

ABRIL

¡Ya escampa!

—Como es el aguacero tan caótico,
impúber, se la ofrenda este adminículo,
mientras en busca va de su cubículo,
en tono suplicante, no despótico.

Es en sí el aparato algo estrambótico,
inmanejable, incómodo, ridículo,
semejando su cúspide un montículo,
o, mas bien, un cimborrio semigótico...

—¡Camará con el pollo! ¡Vaya fárragos!
¡Haga usted la maleta y fría espárragos
o cuénteles a Netuno la premática,

que esta vez le ha salido reumática!
¡Tengo un novio impermeable, tan vesánico,
que, si se líe a golpes, es volcánico!

JUNIO

Lo fetel.

—Mañana es San Antonio, Petronila,
y te voy a llevar a la verbena;
saca las arracás, la falda buena,
y el pañolón, con chinos, de Manila.

Saca también la blusa color lila,
las tumbagas de ley, y la cadena;
ponte airosa, juncal, guapa y amena,
pa demostrar que gozas de pupila.

Hay que ser madrileños y castizos:
vamos a darnos una vuelta en coche;
habrá churros y copas y torraos.....

¡Verá el barrio quien somos esa noche,
Petronila la Gorda y Luis el Rizos,
ambos a dos casqueros empastaos!

NADA MENOS!

JULIO

Balneario indicado.

—¡Ay! Doctor, soy un cúmulo de males:
me duelen la cabeza, los riñones,
el hígado, las piernas, los pulmones;
padezco insomnio, náuseas mortales.

Siento en el corazón latidos tales,
que estalla en tremebundas pulsaciones;
me dan frecuentemente convulsiones,
¡Mándeme algunas aguas minerales!

Apenas puedo andar, tanto me agobio,
al salir con mi hija y con su novio,
un muchacho formal buena persona...

—Su hija con novio... usted les acompaña...
Su enfermedad, señora, no me extraña;
tome pronto las aguas de Cestona.

SEPTIEMBRE

¡Del Jarama, peces!

En la Corte otra vez; hace diez años
que en Septiembre me pagan la matrícula,
y sin sentir de lacha una partícula,
logro en Junio los mismos desengaños.

Libros y bisturís me son extraños,
y más que el microscopio y su retícula,
me gusta contemplar una película,
el billar y la Bombi con apaños.

Hago que curso el quinto en Medicina,
mas en él mi carrera se termina;
siempre soñé con un vivir bucólico,

amando tierno a las sencillas gentes.
¡Que empollen estudiantes inocentes!
El quinto es no matar, ¡y soy católico!

NOVIEMBRE

Gimiendo y llorando.

¡Ay! ¡Si mi pobre Cástulo viviera!
¡Si no se hubiese muerto mi Segundo!
¡Válgame Dios! ¡Señor, en este mundo
nunca hay dicha que sea duradera!

¡Viuda dos veces! ¡Quién me lo dijera!
(Yo no me encuentro mal). ¡Dolor profundo!
(Aún estoy de buen ver). ¡Mi rostro inundo
de lágrimas! (Parezco una soltera).

¡Estoy inconsolable! (Manolito
me ronda hace dos meses, pero es tonto).
¡Ay, qué pena! (Marido necesito).

Voy a ir con Antonio al cementerio.
(Procuraré volver a casa pronto,
pues, si tardo, Julián se pone serio).

AGOSTO

Un fresco.

El mes de Agosto es para mí una loa;
nada tengo que hacer, estoy de fiesta;
la mañana la paso en la floresta,
idílica y feraz, de la Moncloa.

Tomo después vermouth con una anchoa;
almuerzo y duermo luego larga siesta;
y cuando el sol en su región se acuesta,
viro y a Recoletos pongo proa.

Las noches me resultan ideales,
respirando las brisas de Rosales:
cine, cerveza, chicas y conciertos.

Si oigo hablar de Biarritz y otros puertos,
me río, mi sistema nunca falla.
Si en Madrid hubiese mar ¡ni en una playa!

OCTUBRE

Vendimia fija.

No tiés que estar pensando, Ceferino,
que tengo en el negocio una fe ciega;
apenas se abra, la parroquia llega,
y enseguida a servir copas de vino.

Tó es cuestión de tener algo de tino,
un poco mano izquierda pa la brega,
y pa que el orden reine en la bodega
ser a veces caimán y otras ser fino.

¡Que el año es malo y no se cogen uvas?
¡No importa! ¡Llenas estarán las cubas!
Tu fíate de mí; pa que lo sepas:

mientras tenga yo alcohol y vinolina,
y agua corra en la fuente de la esquina
¡me río de las parras y las cepas!

DICIEMBRE

No me vengas con Belenes.

—¿Ande vas, Epifanio, tan contento?
—A ver si les azquero unas figuras
a los chavales, vulgo criaturas,
pa que pongan en casa el Nacimiento.

Amos, Ulogio, ven.

—Chico, lo siento,
no es mi tipo meterme en apreturas.
—Ulogio, no me vengas con finuras;
tó eso es de las mil y pico un cuento.

—¿A mí con nacimientos? No te oceques.
¿No sabes, Epifanio, que tres peques
mi conyugüe antiyer ha dao a luz?

—¿Sí? ¡Míá que es ocurrente la Manuela!
Eso ya no es mujer ¡es la plazuela,
con los puestos y tó, de Santa Cruz!

FEDERICO RUIZ MORCUENDE.

RECADO BIEN ENTENDIDO



Toma, Crispinito, ve a la tienda y trae cinco de pimentón y cinco de sal fina; que te lo echen en este plato, y cuidadito con mezclarlo.



Déme cinco de pimentón. *(Por lo bajo: ¡Qué no se mezclen! ¡Qué no se mezclen!) Póngalo aquí.*



Y cinco de sal fina. *(Por lo bajo: ¡Menuda idea!) Aquí en el revés del plato.*



Trae; esto es el pimentón. ¿Y la sal?
—*(Dando vuelta al plato).. Aquí está.*

MOROS Y CRISTIANOS

I

Llovía. Era una de esas tardes, poco frecuentes en Madrid, por fortuna de sus habitantes, en que el agua cae en hilos verticales, monótonos, llenando la ciudad con un rumor de chapoteo, que acaba por causar insoportable tedio.

Esas tardes, con su tristeza, con la desanimación que llevan a las vías públicas, con la iluminación grisácea que extienden sobre todas las cosas, y que tan fuertemente contrastan con la vibrante luz, con el ruido y el movimiento habituales en el clima y en la vida madrileñoses, preparan los ánimos al predominio de la memoria imaginativa:

En tal situación de espíritu se hallaba en aquella lluviosa tarde Juanito Cuenca en su modesta habitación, en el piso último del *Hotel Carlos V*.

Sentado en una butaca, junto a llameante chimenea y dando frente al balcón, fijaba sus distraídos ojos en el velo apizarrado de las lacrimosas nubes, mientras su imaginación repasaba con melancolía sus años de infancia, allá en el pueblo; su llegada a Madrid: sus triunfos en el Instituto, primero, y luego en la Facultad de Medicina; y finalmente, en su último examen y su investidura de doctor en la ciencia—que tanto tiene de arte—de aliviar los dolores físicos y morales de la humanidad doliente.

Pero el pobre Cuenca aún no contaba con clientes y en cambio ya no contaba con dinero, agotados sus últimos recurso con los gastos, relativamente importantes, que lleva consigo la compra del derecho a ejercer la carrera que se ha estudiado.

Sabido esto, no ha de extrañar a nadie ni el aspecto triste de Juanito, ni la vaguedad de sus miradas, ni la melancolía de sus pensamientos, ni la flojedad con que pendían de los brazos del sillón sus flácidas manos.

Unos pasos se oyeron por la escalera. Los pasos tienen también su expresión propia, que corresponden al estado anímico del individuo.

Los pasos aquellos eran los del dueño del hotel; Juanito los conocía perfectamente. Pero en aquella ocasión los tacones del hotelero decían con claridad diáfana; «situación comprometida; perturbación de ánimo; apresuramiento».

Juanito se irguió en su sillón y fijó sus ojos en la puerta, ésta se abrió, y la cara del amo, encuadrándose en el marco de la entrada, decía, con una expresión entre alarmante y cómica, lo mismo que habían anunciado los tacones de sus botas al subir la escalera.

—¿Qué sucede?—preguntó Juanito, viendo que la fatiga ocasionada por lo rápido de la ascensión, o tal vez por violentas emociones no dejaban hablar al intruso.

—Sucede...—articuló, al fin, el fondista, con evidente incoherencia—, un enfermo grave..., el moro...; se muere...; venga usted.

Y tirando de la manga de Juanito, le arrastró escalera abajo hasta llegar al piso primero; allí le condujo por el pasillo hasta una puerta, que abrieron desde dentro, y en seguida, indicándole la discreción y el silencio con expresivos gestos, le introdujo en la habitación.

II

¿Verdad, queridos lectores, que el cerdo—«que sin perdón así se llama»—es un manjar sabrosísimo?

Cada vez que se come una loncha de sonrosado jamón o una rueda del embutido que se fabrica con la carne de aquel denigrado y modesto animal que tantos nombres disfruta—como conviene a su noble prosapia—, no hay más remedio que recordar con lástima a los infelices vegetarianos, a los desgraciados que adolecen de un estómago débil y, sobre todo, a esos míseros mahometanos, condenados a privación eterna en lo tocante al uso y paladeo de la carne de tan apreciable animalito.

Estas mismas reflexiones se había hecho, pocos días antes, Juanito Cuenca, cuando vió arribar al *Hotel Carlos V*, entre alburas niveas y con gran séquito de chiquillos, a varios moros llegados a Madrid, en comisión, para ocuparse en la contrata de no sé que obras que habían de hacerse por cuenta del Sultán de Cartago, su señor.

Los moros comenzaron cumpliendo religiosamente sus deberes religiosos; el Profeta nada hubiera tenido que reprocharles en cuanto a abluciones, abstinencias y detalles litúrgico-culinarios.

Pero ¡ay!, el hombre es débil; el moro es hombre; luego el moro es débil.

Con arreglo a la lógica, que es inflexible en sus conclusiones, nuestros moritos fueron lo contrario de lo lógico; quiero decir que fueron débiles y flexibles. Lo cierto es que este ambiente europeo está impregnado de tentaciones de toda especie.

Los moritos—lo diré con pena—perdieron en pocos días su rigidez, y quedaron blandos y accesibles a toda transgresión de lo que su Profeta dejó ordenado y prohibido.

No tuvo pequeña parte en aquella caída espiritual el dueño del hotel, hombre listo y algo aficionado a correrla.

Simpatizó, desde luego, con uno de los de las babuchas, un joven de inteligentes ojos y facciones finas y regulares, que ejercía las funciones de secretario del moro principal.

Mulei-el-arbi—que este era el nombre del joven mahometano—sintió despertarse en su ánimo, al contacto con la vida madrileña, una curiosidad abrasadora y malsana, un deseo inmoderado de morder toda clase de frutos prohibidos por el Profeta.

En la compañía del fondista, y disfrazándose con el desgarrado traje europeo, fué hundiéndose poco a poco en el pecaminoso piélagos de los artículos de comer beber y amar: por supuesto, sin que de tales excursiones y fechorías se enterase—gracias a la protección del dueño del hotel—el celoso mahometano que presidía la misión.

El resultado de tales *juergas*, combinadas con el abuso de bebidas y manjares nunca gustados antes por *Mulei-el-arbi*, hasta entonces respetuoso con las prohibiciones de su religión, fué terrible y ocasionó un repentino y grave conflicto religioso-intestinal, en que al jamón de Trevélez y al salchichón de Vich correspondía la más grave responsabilidad.

En tal situación encontró Juanito Cuenca a su primer cliente, cuyo estado agravaba el tormento moral

hijo del temor de ver su reputación, su porvenir, su influencia y hasta su vida en peligro, si lo sucedido llegaba a saberse por el jefe de la misión y, sobre todo por el terrible Sultán de Cartago, columna de la fe, guardador de los preceptos de la religión mahometana.

Juanito Cuenca estuvo admirable: sin separarse de la cabecera del enfermo, luchando con el peligro, consiguió sujetar al cuerpo de *Mulei-el-arbi* la vida que se le escapaba, y pocos días después, el pobre moro, ya respuesto, se despedía de su salvador con mil zalemas, abrazos y protestas de agradecimiento.

Cuenca merecía tanta gratitud, pues no sólo había salvado la vida de *Mulei-el-arbi* con sus inteligentes y asiduos cuidados, sino también su crédito y su fama de buen mahometano con su absoluta discreción en cuanto al carácter y causas de la grave enfermedad del secretario de la embajada del Sultán de Cartago.

III

Aquella curación fué el punto de partida de la carrera triunfal de Juanito; la base sobre que se asentó la fama del doctor Cuenca.

Este, con el aumento de su clientela y sus numerosas ocupaciones olvidó por completo al moro y al incidente que le puso en relación con él. Puede suponerse la sorpresa de nuestro doctor cuando, al año de aquel suceso, recibió una caja procedente de la Sultanía de Cartago, conteniendo un magnífico tapiz oriental, una gúmbia ricamente cincelada y unas babuchas espléndidas, bordadas en oro y perlas.

Todo aquello era regalo del agradecido *Mulei-el-arbi*, que no olvidaba los beneficios recibidos. El agradecimiento es una virtud mahometana.

Transcurrieron seis o siete años; la fama y la fortuna del doctor Cuenca subían como el termómetro en Agosto.

Juanito se vió acogido y mimado por la alta sociedad y solicitado por las jóvenes casaderas como un excelente partido. Todas le hablaban con miel en los labios y le miraban con languidez en los ojos.

Pero entre tanta afabilidad, más o menos afectada, sobresalía siempre la gratitud sincera y espléndida de *Mulei-el-arbi*.

Todos los años, al llegar el aniversario de su enfermedad, enviaba a Juanito Cuenca un valioso regalo; y como la fortuna había elevado a *El-arbi* hasta el lugar merecido por sus buenas prendas, aquellos regalos habían ido aumentando anualmente en riqueza, hasta el punto de que el doctor formó en uno de los salones del piso bajo que habitaba una especie de museo oriental, en donde las alfombras riquísimas servían de fondo a las armas embutidas de oro y a las joyas cinceladas o afiligranadas. Una soberbia lámpara de bronce, regalada a cierto antepasado de *Mulei-el-arbi* por un califa granadino, pendía del techo de carácter arábigo, y en los ángulos de la sala, entre los bajos divanes cubiertos con tapices de pálidos colores, veíanse cuatro estatuas de piedra, arrancadas a alguna ruina del territorio de Cartago, una de las cuales representaba a una joven sacerdotisa, vestida con el traje y los atributos de la diosa a cuyo culto dedicara su existencia, y con el cuello, frente, brazos y tobillos cargados de valiosas joyas púnicas.

Llegó un día en que todo aquel esplendor, la fortuna y la fama concedidas por el mundo a su ciencia, fueron demasiado para un hombre solo, y el hombre

solo pensó compartir todas aquellas bendiciones con una esposa. En tal situación de ánimo, sólo tuvo que elegir para verse aceptado.

El asunto caminó rápidamente, y al fin, cierto día los periódicos anunciaron para un mes más tarde el enlace del célebre doctor Cuenca con la señorita N, hija de los acaudalados marqueses de Z, matrimonio que hacía esperar que la X de lo porvenir se traduciría para los novios en eterna dicha.

IV

Y llegó la víspera de la boda. No es necesario encarecer lo atareado que estaría Juanito Cuenca, entre las múltiples ocupaciones y quehaceres que proporcionan los preliminares de un acto tan sencillo como es casarse y la ineludible atención que exigía su clientela. Realmente el pobre novio no tenía momento de respiro.

Por estas razones fué tan grande su contrariedad como su sorpresa al ver presentarse en su casa a tres magníficos y majestuosos hijos del Profeta, envueltos en blancos alquiceles y tocados con impecables y enormes turbantes, que después de hacerle reverentes saludos y zalemas y besarle el hombro, le entregaron un pliego sellado, que decía, poco más o menos lo siguiente:

«Señor: en nombre de Alah, te envío la gratitud que rebosa de mi pecho, como las puras aguas que no puede contener el cauce. Yo, tu servidor, después de saber por ciertos papeles que aquí han llegado, que te hallas próximo a llevar a tu hogar una compañera, te envío nuevas de mi nombramiento de gran visir del Sultán de Cartago—¡Alah le guarde!—, y encargo a mi pariente *Mulei-el-Dris* que ponga en tus manos el presente que mi gratitud te dedica desde el fondo del corazón. La paz.—*Mulei-el-Arbi*, gran visir de la sultanía de Cartago».

Confirmada aquella carta por *Mulei-el-Dris*, que era el más monumental y respetable de los tres moros y asegurando el susodicho que las cajas conteniendo los regalos quedaban en la estación, para ser conducidas al siguiente día a casa del doctor, y que los tales regalos eran numerosos y de gran valor, se vió Juanito en el caso de tener que ofrecer alojamiento a los tres mahometanos, so pena de ingratitud, y en el compromiso de no tener donde alojarlos.

Después de pensar breves momentos, se le ocurrió que en el salón morisco, donde todo olía a Mahoma, con olor legítimo e inconfundible, se habían de hallar los embajadores de *Mulei-el-arbi* como el pez en el agua, aunque usaran por breves días los divanes para dormir y las pipas para fumar.

Así lo hizo, y quedó tranquilo al ver la satisfacción que en las gruesas caras de los tres moros se reflejó al entrar en la sala arábigo. Y como sus ocupaciones le reclamaban con urgencia, después de dejar a sus huéspedes recomendados a la atención de su criado propio, los dejó solos en el encantado salón morisco, entre las riquezas regaladas al doctor por el agradecido *Mulei-el-arbi*.

V

No pudo volver el doctor Cuenca a su casa durante toda la tarde, y aunque sentía no haber podido vigilar el modo como se cumplían sus órdenes relativas a los huéspedes morunos, pudo más el amor que todas las

demás consideraciones, y se fué a cenar a casa de su futura.

Había invitados aquella noche, y aunque todos ellos eran parientes de la novia, se prolongó la cena más que de costumbre, durando luego la tertulia de sobremesa hasta bastante después de sonar las doce campanadas de la media noche.

Entregados cada cual a su entretenimiento favorito jugaban algunos al tresillo, charlaban otros, y los novios, en el hueco de un balcón, se arrullaban como dos tortolitos.

Un tío de la novia, que leía un número de *Le Temps*; arrellanado junto a la lumbre de la chimenea, volvióse de pronto hacia el doctor y dijo:

—Te doy el pésame, querido Juanito.

—¿A mí? ¿Por qué?—preguntó Cuenca extrañado.

—Porque se te ha cegado una mina, se te ha secado un manantial, se te ha muerto la gallina de los huevos de oro.

—¿Qué quiere usted decir?—interrogó ya alarmado Juanito Cuenca—; ¿se han acabado las enfermedades?

—No es eso; pero *Le Temps* da la noticia de que el moro agradecido, *Mulei-el-Arbi*, que había marchado en compañía de una *jarka* a cobrar el tributo a una tribu de montañeses rebeldes, fué muerto en combate hace cuatro meses.

—¡Hace cuatro meses!—decía balbuceando Juanito Cuenca—; ¡cuatro meses! Pero entonces..., la carta, los moros..., el nombramiento de gran visir..., ¡me la han pegado!

Y salió corriendo, como un loco; cogió el sombrero, y despeñándose por la escalera, seguido del que le diera la noticia, dirigióse a escape a su casa; llamó frenético, y en cuanto vió la entrada libre delante de sí, corrió, derribando al criado y seguido de su futuro suegro político, hasta el salón morisco.

Empujó la puerta que no cedía; pero no consintiendo su impaciencia espera por ningún motivo, de un empuellón la sacó de sus goznes, y vió confirmadas sus sospechas.

El salón estaba vacío. Ni tapices, ni alhajas, ni armas, ni moros quedaban en él. En cambio, la ventana abierta, que daba a una calle poco transitada, decía con muda elocuencia por qué camino habían desaparecido para siempre todas aquellas riquezas reunidas por la gratitud y dispersadas por la codicia.

Aquel audaz robo causó gran emoción y la prensa habló de él durante algunos días.

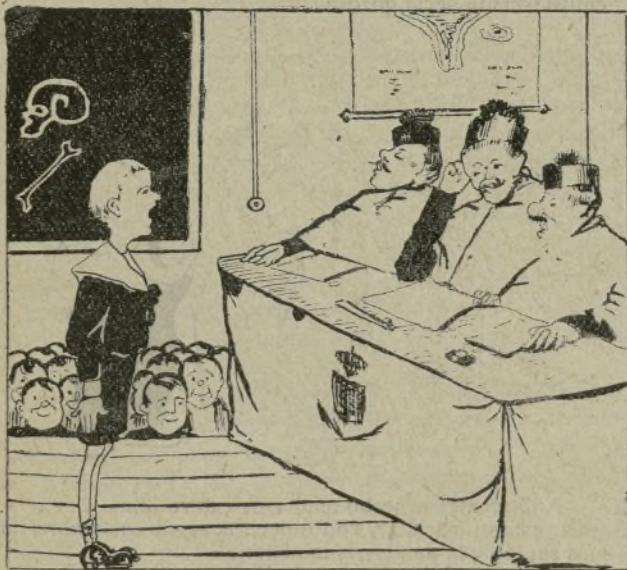
La Policía pudo averiguar que el golpe, tan bien preparado como ejecutado, era obra de una banda internacional de ladrones y aunque no se cogió a ninguno, ni se recuperó nada de lo robado, el asunto sirvió de reclamo al doctor Cuenca, que hoy, ya casado y con hijos, ve aumentar cada vez más su clientela.

Lo único que sigue echando de menos, de tantas joyas perdidas, son las babuchas que le envió *Mulei-el-Arbi* al llegar el primer aniversario de su curación; y cada vez que se acuerda de ellas exclama:

—¡Qué lástima! ¡Eran tan cómodas!

F. BRIDGES.

En un Examen.



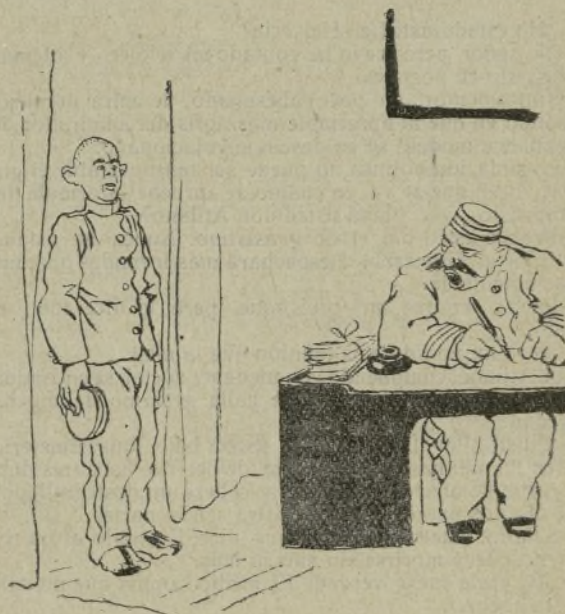
—Señor Mendruguez, dígame los huesos del cráneo.

—.....

—¿No se acuerda usted?

—¡Si señor, los tengo todos en la cabeza!

Cosas de cuartel.



—¡Dá V. su premiso!

—No se dice premiso, se dice permiso.

—¡Dá V. su permiso!

—Adrento.

DON ATILANO, CONTRADICTOR

Don Atilano es un señor barrigudo, bigotudo y macanudo, más honrado que un cheque auténtico y más bueno que un bocadillo de queso manchego en aceite. Es además uno de los contadísimos mortales que acuden puntualmente a las citas; paga religiosamente (rezando entre dientes) el inquilinato, y no debe nada a ningún camarero. Pero tiene un defecto que hasta ahora le ha ocasionado serios disgustos, y que probablemente le costará a su espíritu el elevarse a las regiones de lo infinito, separado violentamente de su envoltorio carnal: el de llevar la contraria a todo.

—Don Atilano, mire que paisaje más espléndido.



—¡Bah! Una montañucha, cuatro pinos escualidos y un arroyo gassético. ¡Cualquier cosa! En Suiza sí que los hay.

—¿Ha estado usted en Helvecia?

—No señor, pero me lo ha contado mi relojero y además los he visto en postales.

Su interlocutor, un poco abesugado, le mira perplejo, pensando en que la apreciable masa gris del admirador de la república modelo se ha descircunvolucionado.

—La situación política no puede ser más inestable el gobierno dicen que se va en cuanto se apruebe la fórmula del presupuesto ¿Qué opina usted don Atilano?

—Padece usted un error *grasísimo*. Nunca ha estado más firme el Gobierno. Despachará más formulas que una botica acreditada.

—Puede ser que me equivoque, pero lo dice todo el mundo.

—¡Para mí no hay más opinión que la mía!

Don Atilano, cumpliendo con un deber social, se encamina a visitar a un compañero que se halla enfermo de mucha gravedad.

—¡Chist! ¡Por Dios! Hable usted bajo que Emeterio está en las últimas ¡Quién había de decirlo, hace tres días en prueba de afecto me tiró a la cabeza un destornillador y me dio dos patadas aquí en salva sea la parte!

—Señora, usted no sabe lo que dice, Emeterio es un roble y no puede morir sin más ni más.

—¡Ay, ojalá fuese verdad! El médico opina que no sale de esta noche.

—Ganas de opinar.

La esposa afligida introduce a don Atilano en la alcoba del paciente, el cual se encuentra embutido entre las almohadas con la cara más blanca que un sábalo del teatro de la Princesa, y unas ojeras mayores que las de una chanteuse barata:

—Pero Emeterio ¿que es esto?

—Ati...lano... que... la... di...ño...

—¡Hombre! ¿Es que yo no sé lo que me digo? Estás más sano y más fuerte que la suegra de un recién casado.

No pasan seis horas cuando don Atilano recibe la esquela de defunción de su amigo Emeterio en la que le suplican el coche.

—Este Emeterio, el muy cabezota, se ha muerto por contradecirme y dejarme en ridículo. ¡Mire usted que es manial En el café, el echador acude solícito:

—¿Con leche?

Don Atilano, que llegó al establecimiento decidido a no tomar café, porque hace cinco días que el amigo Morfeo se le ha declarado bolcheviki, por hacer su santa voluntad, exclama con voz tempestuosa.

—¡Solo!

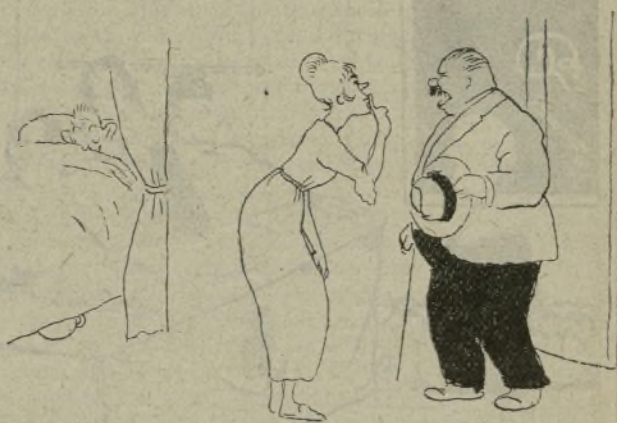
Poco después se encamina a la sastrería a que le tomen medida de un traje:

—La moda es fondo negro con rayitas blancas. La americana ajustada y corta, y los pantalones anchos y largos.

Don Atilano protesta, como es natural, y el sastre por no perder el parroquiano, sigue sus indicaciones, que dan por resultado el que nuestro hombre al revés luzca a estas horas un terno a cuadros blancos y negros que invita a jugar al ajedrez, compuesto de una americana más larga que Cambó y unos pantalones estrechos y cortos como la falda de una jamona de buen ver.

Al Banco de España ha jurado no volver, y prefiere no cobrar los cupones de unos titulillos que posee, por no traspasar los umbrales a través de la puerta giratoria, pues un día se empeñó en entrar empujándola hacia sí, cuando estaba encallejado, y rompió los cristales, se hizo unos chichones y tuvo que pagar los desperfectos.

Su esposa tiene entablada contra él demanda de divorcio con motivo justificado; estaban de visita, en casa de don Atilano, las de Recóchez, y entablaron conversación sobre la felicidad de los matrimonios fecundos. La señora, muy entusiasmada decía gozosa:



—Atilano me ha hecho madre de cuatro hijos.

Oír esto su marido, y contradecirla, según costumbre, fue más rápido que una crisis ministerial:

—¿De cuatro? ¡No es verdad! ¡De dos únicamente!

—Pero ¿estás en tu juicio?

—¡He dicho que de dos únicamente.

—¿Y los otros dos? ¿De quién son hijos?

—¡De Lucifer que te lleve! ¡Cuidado que es cosa de ver que siempre has de desmentirme!

ARISTIDES FREDESVAL

De Beatriz a Rosalinda

(Por Beatriz Galindo)

Mi querida Rosalinda: Menudo susto nos proporcionó tu telegrama de ayer tarde: «Adorado Ton Tongravemente enfermo grippe española».

Entre que el Ton Ton hallábase convertido en «Pampan» y nuestro natural atolondramiento, creímos que la noticia se refería a tu padre. «Pampan» bien puede pasar por «Papá» y... ¿Quién iba a suponer que nos telegrafiabas el estado de salud de tu perro, por precioso que sea y por



Sombrero adornado con cintas de *moirée* y encaje negro de Chantilly.

mucho que le quieras?... En fin todo acabó, tu último telegrama de esta madrugada nos ha devuelto la tranquilidad y por tí celebro que el peligro haya pasado y que por el momento no corra grave riesgo la vida de tu apreciados «tesoro» que así..., visto de lejos..., no nos convence.

En cambio no se te ocurrió telegrafarnos la feliz llegada de Edgar y has esperado al correo para contarme su inesperada aparición en el comedor del hotel «Majestic» Alto, esbelto, vestido de kaki, «muy guapo», en una palabra.

No sé porqué se me antoja que esos latidos, esas palpitaciones que tu atribuyes al baile y al cansancio, no estan relacionadas con tú estado de salud.

Cuando una mujer se encuentra de repente, cara a cara, con el hombre cuyo cariño creyó perder, siempre experimenta alguna sensación. máxime cuando al verle puede cerciorarse de que la sigue queriendo

Yo atribuyo esos fenómenos de que te quejas a causas sentimentales. No a cariño puesto que juras y perjuras que no lo sientes por Edgar, pero sí a un sentimiento de... vanidad halagada.

Las mujeres como tú no toleran la idea de que un hombre despues de haberlas amado las olvide. Consideran que es harto precioso el privilegio de dejarse amar para que pueda permitirse que el hombre lo estime en poco.

¡Pobre Edgar! más le valiera haber muerto la noche en que herido permaneció largas horas sin conocimiento bajo el cielo estrellado de la Francia invadida. ¡De qué le sirve verte, colmarte de flores y agasajos, evocar recuerdos y hacer latir tu corazón, caminar breve tiempo por las sendas del amor, si al fin habrá de volverse con el alma deshecha.

Es el colmo de la injusticia el obligarle a pedirte perdón por su broma inocente ¿Acaso no te has retratado tú con quien bien te ha parecido y no has despertado celos miles de veces con tu olvido y tu desdén aparente?...

Eres cruel, nena. Y... creeme, el corazón se atrofia cuando no se le deja respirar, o sea amar libremente. ¿Que serás mas feliz sin corazón?... No lo creas. Evitarás, si acaso, el ser desgraciada y eso no basta...

Y hablando de otra cosa: Sombreros, sombreros, sombreros...

Nada mejos que tres modelos en poco más de una semana, no está mal....

El de mañana de punto de lana gris forrado con «charmeuse» azul «victoire» y sin más adorno que una escarpela del mismo «tricot» te ira muy bien y te será útil.

Un poco de persona mayor me parece para tí, la toca de terciopelo azul oscuro coronado de «sprits» blancos.

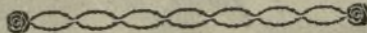
En cuanto al tercero «de tarde», por la descripción que de él haces adivino que será el que mejor te siente.

De terciopelo negro, copa alta, y ala muy amplia, completamente levantada por delante con un broche de esmalte azul. Puedo asegurar sin temor a equivocarme que es el destinado a enloquecer a más de un desgraciado.

Dará relieve al tono de tus cabellos y tu estatura te preserva del peligro de parecer un velador con piernas, que es lo que ocurre a las mujeres pequeñuelas que quieren remediar su insignificancia física llevando un descomunal sombrero.

Y... por hoy nada más,....
Tuya afectuosamente.

BEATRIZ.



Llama el amor a tu puerta

Llama el amor a tu puerta,
princesita, sal a abrir,
si estás dormida, despierta.
que se puede el amor ir
y está llamando a tu puerta.

En la tarde silenciosa
corté una rosa al pasar,
es mi corazón la rosa
que ahora te vengo a ofrendar
en la tarde silenciosa.

Acógela sin temor
que es flor que no tiene espinas
y verás que es flor de amor,
si un momento la examinas
la acogerás sin temor.

Estás presa, princesita,
la flor de tu corazón
lentamente se marchita;
dentro de ese torreón
estás presa, princesita.

Vengo a regar esa flor
y a darla nuevos colores;
con el agua del amor
que hace revivir las flores,
vengo a regar esa flor.

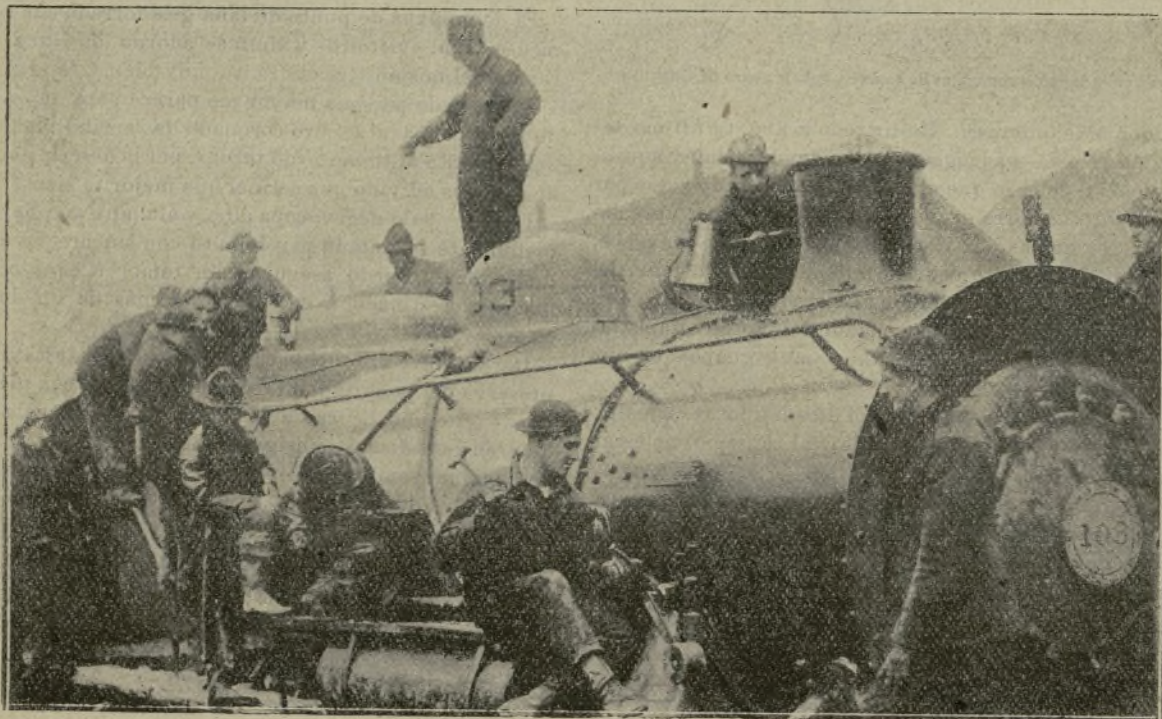
Abre, princesa, tu puerta,
viene el amor de camino
y ha de estar tu puerta abierta;
si acoges al peregrino
abre, princesa, tu puerta.

Llegará hasta tí el amor;
princesita, aunque estés presa,
podrás recoger la flor;
si abres la puerta, princesa
llegará hasta tí el amor.

Llama el amor a tu puerta,
princesita sal a abrir,
si estás dormida, despierta,
que se puede el amor ir
y está llamando a tu puerta.

GUILLERMO Y FRANCISCO RELLO

LOS YANKIS EN FRANCIA



Obreros norteamericanos armador una locomotora de fabricación norteamericana, cuyas piezas se han mandado en Francia para ser construidas allí.

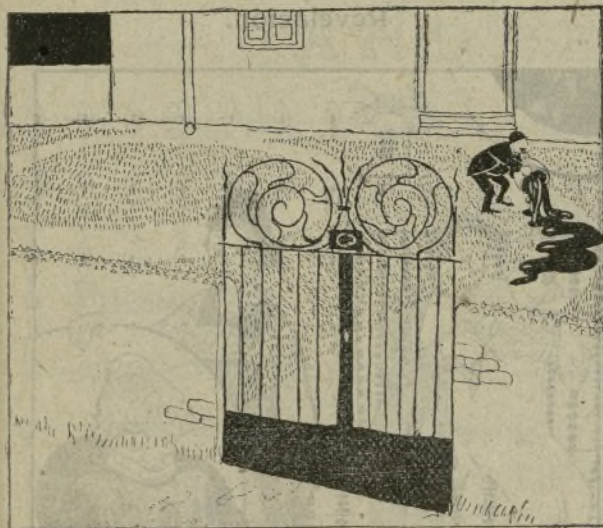
EL CAZADOR CAZADO



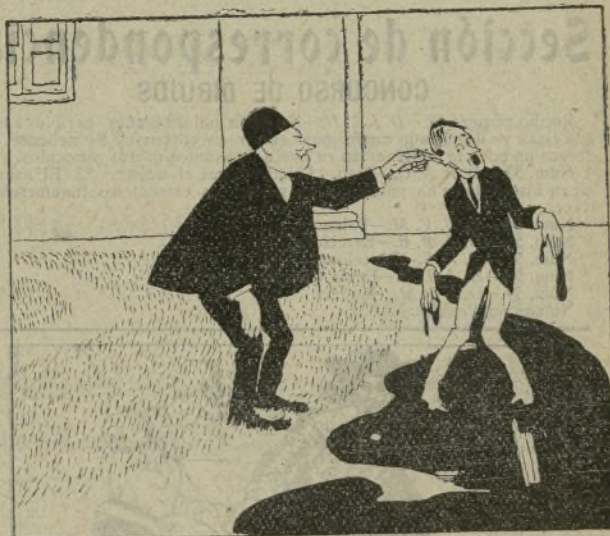
Don Casto vuelve de viaje
y temblando de coraje
contempla haciéndose un rombo
a un hombre tras del biombo.



Camino de la locura,
exclama: ¡«Falsa, perjura!
Mi mujer ¡la muy golfante!
me engaña con un amante.



«¡Cielos! ¡Faltar al recato!
¡Qué sinvergüenza! ¡La mato!»
Para dar a su mal fin,
llena de liga el jardín.



Y al ir a ofender su honor,
el amante seductor,
como un pájaro, cogido
en la liga, es sorprendido.

LAS MODAS DE ANTAÑO

(MODAS FRANCESAS EN 1846)



Sección de correspondencia

CONCURSO DE DIBUJOS

Recibo número 52.—D. J. L. H.—No están mal dibujados, pero los asuntos están ya demasiado usados para entrar en concurso. Se necesita esforzar un poco la imaginación en busca de asuntos menos conocidos.

Núm. 53.—D. R. A. G.—Vigo. Lo mismo que al número 52. El asunto de su historieta se ha publicado en periódicos extranjeros innumerables veces.

Núm. 54.—D. E. V. M.—Valencia.

Núm. 55.—D. A. B. B.—Barcelona.

Núm. 57.—D. R. S.—Barcelona.

Núm. 58.—D. A. L. F.—Santa Cruz de Tenerife.

Núm. 59.—D. J. de M.—Madrid.

No son publicables.

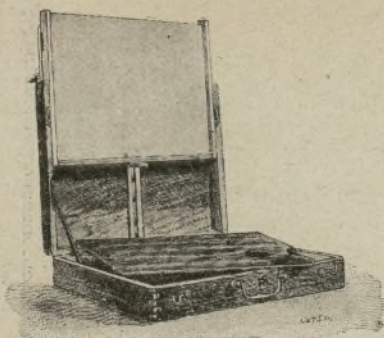


—Deme una limosna y rogaré por Vuesamerced.
—Toma y ruega a Dios por tí, que tienes más necesidades.

Revelación.



LUISITA.—¡Ya decía yo que estos suspiros de mi hermana eran por hallarse demasiado oprimida.



CASA VIUDA DE PONTES

Tiene surtido completo en cajas de
OLEO Y ACUARELA
LIENZOS BELGAS

Esta Casa es siempre la más surtida
y tiene IMPRENTA PROPIA

CARMEN, 6 y 8 (cerca de la Puerta del Sol)



ANDRES GOETZ

ESPECIALIDAD EN TRICOLORS

Encargos "Imprenta Alemana,"

Fuencarral, 137

MADRID

FUNDICIÓN TIPOGRÁFICA ALEMANA
Unica en España

SUCESOR DE J. NEUFVILLE

BARCELONA - MADRID

Instalación de Imprentas

PÍDANSE PRESUPUESTOS

Calle de las Fuentes, 5

MADRID

ENERO

1

AÑO 1919

NÚMERO 11

MIERCOLES

Imprenta HISPANICA, Cardenal Cisneros, 47.—MADRID